

# **Bajo el sudor de sus cuerpos**

*Dos historias que recorren el mundo  
de la indiferencia en pasado, presente y futuro.*

Nelson Muñoz Meneses

Facultad de Ciencias de la Comunicación  
Universidad Cooperativa de Colombia  
Medellín  
2005

# **Bajo el sudor de sus cuerpos**

*Dos historias que recorren el mundo  
de la indiferencia en pasado, presente y futuro.*

Nelson Muñoz Meneses

Trabajo investigativo presentado para optar al título  
de comunicador social con énfasis en periodismo

Facultad de Ciencias de la Comunicación  
Universidad Cooperativa de Colombia  
Medellín  
2005

**A:**

**Yury y Karen**, dos ángeles del sexo que me brindaron un aposento en sus altares; posición privilegiada para poder narrar con realidad literaria, como me lo enseñó mi profe, sus historias de sudor. A ellas mil gracias: que en el futuro estas líneas sólo sean una anécdota más, de un pasado que debería comenzar de hoy hacia atrás.

A **mi profe**, eterna gratitud; con sus enseñanzas y ejemplo de vida me dio herramientas para pescar en medio del océano llamado vida. Sin necesidad de depender del buen viento o la buena mar.

# Prólogo

Como delincuentes, malvadas, endemoniadas, sinvergüenzas y amorales, son calificadas las mujeres que un día optaron por salir de casa para pararse en una calle y poner en venta su cuerpo o para bailar en un sitio de striptease, ante la mirada lasciva de una clientela que llega a satisfacer sus deseos sexuales o simplemente de compañía; de tener con quien hablar.

Sin embargo, lo que muchos no han podido entender es que las trabajadoras sexuales son en gran parte el reflejo de una sociedad poco equitativa, donde se conjugan la ausencia del estado y la presencia del dinero como un dios, que da solución rápida a los problemas, y las familias disfuncionales con doble moral, que reciben el dinero, pero se avergüenzan de sus hijas.

Tres aspectos que se reúnen en las vidas de nuestros personajes centrales, que para efectos de la producción literaria tomarán los nombres de Yury y Karen –sus nombres al igual que las personas que las rodean y los sitios que frecuentan fueron cambiados para proteger sus identidades-. En sus vidas encontramos una serie de episodios en los cuales se refleja la sociedad de Medellín entre finales de la década del 70 y lo que va transcurrido del año 2005. Karen, hija de una familia de moralidad extrema que llegó a prohibirle montar en patines por el temor a que perdiera su virginidad. Y Yury, la mujer –aún niña para el

autor- que a sus 12 años fue obligada a abortar por su madre y su pareja sexual de esa temprana edad.

Las historias contadas bajo la modalidad de reportaje literario muestran al periodista inmiscuido en los submundos que conforman el negocio del sexo en el Área Metropolitana de Medellín, la ciudad de Bogotá y los departamentos del Meta y Caquetá; donde el poder de las armas es mezclado con el del sexo para ser protagonistas, antagonistas y actores de reparto de una película llamada: "Colombia".

Yury y Karen llegan a la prostitución como una fórmula de escape a sus múltiples dificultades. Si bien es cierto que el factor dinero influye, también lo es, que la falta de empleo fue sólo la gota que rebotó una copa llena de injusticias sociales.

Finalmente entre líneas hay que decir que el oficio de la prostitución no puede concebirse sólo como la decisión de una mujer para suplir la necesidad de sobrevivencia. El oficio también pasa por el tamiz de los estratos, donde las **prostitutas** de más bajos recursos son consideradas como "las sucias" y las de clase alta se denominan "las sexys". Yury y Karen hacen parte de las sucias, que de una u otra manera sostienen a sus familias con el sudor de sus cuerpos.

## CAPÍTULO I

*Sus madres están vendiendo el cariño que por derecho propio les  
corresponde*

# El payaso llora... La función debe continuar

*Karen y Yury se parecen en sus gestos y miradas,  
en la expresión "niño" y en el balbuceo  
con el que se refieren a las Fuerzas Militares  
y a los grupos al margen de la ley.*

“En una sociedad donde los hijos de puta no son nuestros hijos, sino los de aquellos que nunca respondieron por ellos; que los consideraron como una máquina de hacer dinero; que los veían como una pera de boxeo sobre la cual descargar los problemas del diario vivir; que prefirieron verlos morir de hambre antes que dejar a su querida; y en el peor de los casos, los de aquellos que abusaron sexualmente de su propia sangre, más valdría que llevaran el apellido de uno de nuestros clientes, que el de uno de esos hijos de.....” expresa al calor de una vela y al amargo sabor de un aguardiente, una **prostituta** que derrama la última lágrima de la noche, sobre una destartalada mesa, que aún conserva algunas pintas del color amarillo que la hiciera reluciente hace muchos años en un bar de “mala muerte” de Medellín.

En la ciudad, el fuerte frío de esta noche se cuela por cada una de las rendijas, ventanas, puertas, muros de alta seguridad y ranchos de madera y cartón, sin importar clase social, extractos bancarios o profesiones. Los infantes en ese instinto de supervivencia buscan calor y protección en sus madres, por supuesto, hay algunos como las hijas de Yury, la pequeña Lorenza de catorce meses de edad y Susana que llega a los cinco años, y Juan Pablo el hijo de Karen, que comienza a descubrir los cambios de la adolescencia, quienes tendrán que calmar sus miedos en la soledad de sus frías y tristes camas; pues sus madres están vendiendo el cariño que por derecho propio les corresponde.

La pequeña Lorenza asustada por los rayos que se reflejan en la ventana de su pieza, sólo atina a esconderse debajo de las cobijas, mientras que su hermana Susana la abraza, quien lo creyera en un gesto maternal. Sus miradas se pierden en las luces de la ciudad, tal vez con la esperanza de ver emerger en cualquier momento la indefensa figura de Yury, su madre.

Mientras las primeras lágrimas se abren camino por las mejillas de Lorenza y Susana; en medio del bullicio del centro de la ciudad, el brillo rojizo de la cabellera de Yury hace juego con las luces que le sirven de telón para su sensual baile. Las miradas lascivas de los hombres que presencian el espectáculo quieren devorársela de un solo bocado, incluso la del autor. Por una fracción de segundo deja de verla como la niña de 19 años que es, para mirarla con los ojos del deseo, pues no distingue entre lo que quiere y lo que debe.

Sus ojos se percatan de mi interés y al ritmo lento de una balada se detiene justo frente a mí, en la mitad de la pasarela, levanta suavemente los brazos y deja que las luces de neón delinee su cuerpo. En medio de la oscuridad alcanzo a observar como con un ligero movimiento de manos camufla una pequeña gota de tristeza que empezaba a hacer estragos en el maquillaje.

“Llevo más de un año metida en esto y aún no me acostumbro; lo hago por mis hijas”, me diría unos días después. A medida que sus diminutas prendas van cayendo, su mirada se transforma, ya no es la de la inocente niña de unos segundos atrás. Su rostro es una bomba sexual por completo; humedece sus labios, juega con su lengua, envía sensuales besos y esquiva a los espectadores que le ofrecen licor, pues a decir verdad no es muy amiga de las bebidas alcohólicas.

La relación que Yury sostiene con sus hijas pasa continuamente por los altibajos: hay ocasiones en los que abandona su trabajo para quedarse aferrada a las pequeñas, como también hay días en los cuales hijas y madre se ven separadas en distancia y tiempo, tanto como para que las pequeñas olviden la figura de la madre; como sucedió en un viaje que Yury realizó a Caquetá. Hoy llevan ocho horas separadas, de dos de la tarde a once de la noche.

Lorenza y Susana, quienes ya han dejado rastros de su orina en las sábanas, aún siguen esperándola, sin saber que su madre probablemente no llegue hasta el día siguiente, cuando los rayos del sol espanten a los demonios, que amenazan con ser sus fieles compañeros



durante los largos y eternos minutos de la madrugada. El frío empieza a incomodar el cuerpo de las pequeñas; sus labios son un constante tiritar y los ojos se resisten a cesar el continuo lagrimeo.

### **El fantasma de Karen**

El show ha terminado. Busco la figura de Yury entre las decenas de clientes que hay en el lugar, pero mi labor es infructuosa. Una botella de Aguardiente Antioqueño, el trago típico de Medellín, es descargada en la mesa; "Son 50 mil pesos, señor, los debe cancelar por adelantado", me dice uno de los meseros del lugar.

Varios tragos de licor han pasado por mi garganta y aún no aparece Yury, pero en mi mente sí se hacen presentes los recuerdos de la otra protagonista de esta historia; meses atrás en un sitio de Striptease, cerca al Estadio Atanasio Girardot, la voz gruesa y alargada de un discjockey, la presentaba: "Es hora de que liberes toda tu lujuria, saca ese animal que llevas dentro de ti, delítate con la presencia de la 'number one', ella es la sensual Kaaaaaaren". La madre de Juan Pablo se paseaba con su movimiento alternado de caderas, aunque sonreía a medida que realizaba su rutina, la expresión opaca de sus ojos revelaba, más que miedo, una profunda tristeza en su ser.

Para su hijo quisiera un mundo de lujos, excentricidades y libertades, aunque ella no tuvo una infancia de privaciones en lo económico, se sintió atrapada en una familia que llegó a prohibirle montar en patines para que no perdiera la virginidad.

Pero al fin y al cabo sólo fueron penas de la infancia, nada comparadas con la seguidilla de malos momentos que llegaron después de escuchar el Tiempo de Vals de Chayane: "*Bésame en tiempo de vals 1,2,3, sin parar de bailar has que jamás se termine el vals 1,2,3;1,2,3, no termine jamás*". Para Karen el Tiempo del Vals si terminaba; la Medellín de finales de los 80 y principios de los 90, esperaba a la quinceañera para ofrecerle la vida con alas, que ella añoraba vivir.

- Niño, me va a colaborar con el Show. - Dice Yury.

Todavía pensando en Karen, volteo la mirada.

- Niño, que si me va a colaborar con el Show. – Repite Yury.

- Sí, sí con mucho gusto. – Contesto.

- Niño, tan lindo usted – expresa Yury mientras hala el billete de mi mano.

Tal vez es uno de sus gestos, su mirada o la palabra niño, lo que me hace decirle que regrese a la mesa, cuando termine de recoger la colaboración.

Hay muchos signos comunes entre Yury y el recuerdo fantasmal de Karen, pero sobre todo uno en especial que sólo se comprueba cuando se conocen sus vidas; por ello me inmiscuyo en sus historias, las cuales

van más allá de la desnudez de sus cuerpos y del llanto de sus pequeños hijos.

## CAPÍTULO 2

*Las soledades se buscan para hacerse compañía*

# Un suicidio por amor

*Sus ojos se transformaron en cataratas...  
y el brotar salado de sus penas llegó directo  
a las gotas de sangre que emanaban de sus corazones.*

“¡Karen...Karen...Karen...! –Dice Yury con voz sarcástica- No, que maricada con la tal Karen”.

Ante las expresiones celosas de Yury por estar confundiéndola con una colega suya, le explico que en las entrevistas que le realicé a Karen descubrí que a pesar de que dominaba el entorno con su voz, era sólo una marioneta que se movía al vaivén de sus recuerdos.

“Carita sonriente, ojos expresivos... De mujer bonita....”

Sin darme cuenta estoy abrazado a Yury, los cuerpos flotan al ritmo de las notas vallenatas. No se si es el efecto del licor, o el aire a sexo que penetra por mis poros, el que me hace abrazarla más fuerte de lo permitido entre un reportero y una entrevistada.

Sus relaciones sentimentales, como ella misma lo dice, han sido un "eterno chiste", antes y durante su ejercicio de la prostitución. Concepto que no está alejado de las estadísticas que muestra el programa Espacios de Mujer, según el cual, en una encuesta realizada en Medellín durante 2002, el 82.9 de las mujeres que ejercían la prostitución no tenían esposo o pareja fija.

Para Yury el blanco pureza del altar, oro riqueza de las argollas, rojo pasión de las flores y entrada triunfal del vals, son la más firme propuesta para darle un cambio radical a su vida.

El reloj está próximo a marcar la una de la madrugada y aún continúa con Yury en el bar: ella ignora el recital de besos y caricias que protagonizan dos de sus compañeras en la pasarela y escucha atentamente el relato que hago de la trágica historia de amor que Karen sostuvo con Emilio -el hombre que más a querido a Karen-. Para mantener la atención de Yury, cuento la historia detalladamente, a partir de la última noche que Karen y Emilio compartieron:

Los latidos del corazón de Karen se tornaban más lentos, segundo a segundo, para volver a tomar un acelerado ritmo y despertar sobresaltada. No podía borrar las últimas palabras de su amado Emilio, él le había dicho:

*-Karen, yo no soporto querer a nadie.*

*-Entonces bórrese, mátese.* - Respondió Karen.

*-No soporto su grosería, su forma de ser.* - Replicó Emilio.

*- Entonces bórrese.* - Concluyó Karen.

“¿Y se mató?”, fue la pregunta instantánea de Yury, demostrando su interés en la conversación.

A ella también la había dejado su ex novio: “Porque, yo no me quise salir de este oficio, además fui muy egoísta y no supe comprender su amor sincero”, aclara Yury.

Dando respuesta a la pregunta de mi compañera de mesa, continuó el relato:

La discusión de Emilio y Karen corresponde a las dos de la madrugada y fue provocada por la invitación que un “amigo” de Emilio le hizo a éste, para que se encontraran al día siguiente. Karen con su lenguaje me contaba: “Yo capte la cosa desde el primer momento. Estábamos en el apartamento que Emilio compartía con su amigo Raúl. Yo le dije: Raúl, ese man no me cae bien..., no me cae bien... y no me cae bien...”

Cuando escribo las líneas de este reportaje recuerdo que Karen también mencionó, que la discusión del “me voy a matar” y el “bórrese” venía de tiempo atrás. En el fondo el motivo siempre era el mismo, el trabajo de Karen.

En mis apuntes y entrevistas encuentro mil y una explicaciones del porqué la relación de Emilio y Karen no podía funcionar mientras ella fuera la mujer de todos y a la vez la mujer de nadie. Sin embargo, hay dos testimonios que me llaman poderosamente la atención:

El primero corresponde a Milena, una rubia de ojos verdes y cuerpo voluptuoso que vende su cuerpo por placer y... por dinero, en la entrevista me decía: "Mire el ambiente en el que trabajo, que de pronto llegue un novio y que lo vea a uno sentado en las piernas de alguien, bailado o saliendo de una pieza: pues se arma la hijueputa, entonces no".

El segundo corresponde a una noticia relacionada con la prostitución que se publicó el 29 de agosto de 1999 en el periódico El País de Cali, páginas B1 y B2: "...Sin embargo, la expectativa de José Augusto se transformó de un momento a otro en una indescriptible sorpresa que dio paso, en seguida a la ira: una de las chicas que desfilaban para que escogieran los visitantes, era alguien a quién él conocía como a nadie: su novia. El ver a su amada ofreciendo su cuerpo en una casa de lenocinio llevó a José Augusto ante los padres de la joven. Descubierta, la muchacha -de escasos 18 años- no soportó la situación: ocho días después del encuentro intempestivo aprovechó el descuido del vigilante del negocio, le cogió su arma y se disparó en la cabeza".

En el intercambio de palabras con Yury, los roles se cambian: ella actúa como entrevistadora y yo como entrevistado: "¿Qué hacía Emilio?, ¿hacía cuánto se conocían?, ¿quién era el tal Raúl?, ¿cómo podía tener

novio Karen, siendo una **ramera**?...” Y la pregunta frecuente de la noche: “¿Se suicidó Emilio?”.

De Emilio y Karen se que sé conocieron en una noche de rumba en el apartamento de él, así lo explicaba Karen: “Ese día nos encarretamos, amanecemos juntos; claro, con esa borrachera tan hijueputa. Me quedé como dos días allá, no me levantaba de la cama; ah tenía una pereza de irme para la casa, ese apartamento bien grande y yo sola”.

Las trabajadoras sexuales se van cerrando en su propio entorno, cómo ellas mismas lo expresan: por el miedo al que dirán, se van alejando de su círculo de amigos; por el pudor y el respeto familiar, se trasladan a vivir a cualquier lugar, menos al hogar que las vio crecer; por el temor a ser juzgadas por sus hijos, y servirles de mal ejemplo, los dejan con sus madres, familiares o amigos; eso sí, la gran mayoría trata de compensar esa ausencia con dinero y excentricidad.

Aunque como reza el dicho popular: “De todo se ve en la viña del Señor”. También hay prostitutas que comparten el techo familiar con o sin la aprobación de sus padres; unas y otras siempre son las mayores proveedoras del ingreso familiar. Y hay quienes viven y comparten el oficio con sus hijos –herencia del trabajo–, y quienes como Luz Dary, una prostituta que tiene que vivir en un mundo de mentiras para que sus retoños no se den cuenta del oficio al que se dedican:



“Ellas piensan que yo trabajo en un hotel, por eso no me gusta tomar, ni tirar vicio, aunque hay veces que lo coge a uno esa depresión y... usted sabe: licor y vicio.

Esta plata, yo digo que es maldita, uno dice que es por unos días, que pa’ salir de esto, y no, que va, uno puede coger un millón de pesos en una noche y eso hay mismo se va: el mercado, el arriendo y la universidad de las hijas –una estudia investigación judicial y la otra administración de empresas-.

Yo fui víctima del machismo que se vive en nuestra sociedad, no lo digo por los hombres que vienen a comprar el cariño, no. Como ya le dije, quedé viuda y sin saber hacer nada; imagínese uno apenas con séptimo de bachillerato. En nuestra época las mujeres éramos pa’ la casa, conocíamos a un pelao, nos casábamos, el pal’ trabajo y uno pa’ la cocina.

Sin experiencia laboral, con dos hijas: eso fue muy duro, todo un año comprando El Colombiano -clasificados de empleo-, y llame, y haga filas, y envíe hojas de vida; pero cuando no era por el estudio, era por la experiencia laboral, y sino porque tenía hijos, y hasta por la edad. Una vez pregunté para barrer las calles y me pidieron que fuera bachiller, ese día dije, no más, mis niñas tienen que estudiar y comer, y haga de cuenta uno de esos marranitos que matan en diciembre, salí derecho para el despellejadero”. Lágrimas, llanto, gemidos, tres dedos en el rostro, un cigarrillo, y Luz Dary a su oficio... En la oscuridad del

sector conocido como la 33 -Medellín-, se desvanece la figura de la prostituta.

Se encendieron las luces, Yury terminó el segundo de los cuatro show que debe que hacer en la noche para recibir un pago de 25 mil pesos. Sólo con la parte inferior de su ropa interior, pasa por las mesas para recoger la colaboración.

“¿Niño le gustó el show...? Pero sígame contando la historia de Karen”, dice, Yury, con intriga.

Le había mencionado que el corazón de Karen estaba entre lento y acelerado y que despertaba súbitamente; todo era producto de la discusión del “bórrrese” que había sostenido con Emilio. En su interior le martillaba el presentimiento de no volver a ver a su amado, este es su relato:

“Pelemos sábado en la noche y volvimos a estar en la mañana del domingo, pues estuvimos juntos -relaciones íntimas-, a las once se tenía que encontrar con el pelao:

*-K.: Usted trajo un pelao que no me gustó... Y no me gustó... Y no me gustó... Y ese pelao es torcido, yo se lo digo.*

*-E.: -Entonces qué: ¿bruja?- Contestó sarcásticamente Emilio.*

-K.: *No soy bruja, pero si capto las cosas.*- Incredó, Karen, airadamente.

Y ese man fue el que le picó arrastre, lo llamó a las 7 de la mañana: 'hermano nos encontramos, a las once, en Belencito Corazón'. Y ese man le picó arrastre.

#### **Karen busca la ayuda de Raúl, un amigo.**

- K.: *Raúl, decile que no se vaya.*

R- *Moneco, hacele caso a la moneca ¡Hay, me van a matar!*- Intervenía Raúl en la discusión de la pareja, refiriéndose a Emilio como "moneco" y a Karen como "moneca".

-K.: *Sabe qué Raúl, vaya alistando el traje negro parceró, porque Emilio no va a volver.* – Volvían los sarcasmos de Karen.

-K.: *Raúl, rastriame, rastriame, rastriame ese teléfono.* – Buscaba Karen cualquier argumento para evitar el fatídico encuentro.

#### **Último diálogo de Karen y Emilio**

-K.: *Amor, venga pues despídase, en todo caso quedamos de vernos algún día.* – Estratégicamente bajó la guardia Karen.

-E.: *Bueno mami.* – Finalizó Emilio regalándole un beso tembloroso a su ¿novia?, ¿amante?, ¿pareja?...

Me fui para mi apartamento en un taxi, cuando llegando al parque de Envigado apareció Emilio en la moto, eso era pite y pite, hasta que nos alcanzó y por la ventanilla me entregó una bolsa con carne, pero yo lo miré con rabia y la tiré al suelo. El taxista siguió el recorrido y Emilio se quedó mirándonos.

Al ratito de haber llegado al apartamento, me llamó la mamá de Emilio, y yo le dije que comenzara a hacer las vueltas para el entierro: A Emilio le van a picar arrastre –engañar, traicionar- . Emilio se confió de un culicagado de 18 años. Se confió en ese pelao y no me quiso hacer caso, y yo le dije, y yo le dije, y no me quiso creer ¿Cuál, que mero parcero?... Y no me hizo caso”.

El olor a chocolates se mezcla con el anís del aguardiente, Yury en cuestión de minutos ha recargado las energías con los dulces que toma de un vaso plástico extra grande, y para que negar en mi botella de aguardiente sólo queda un cuarto de licor.

La música se detiene por unos segundos y se puede escuchar la voz de Rodrigo –tío de Yury- quien hace la invitación, a los transeúntes para que ingresen al lugar, con el típico: “Sólo show, sólo show....***Peluches, casi vírgenes***”.

Rodrigo consiguió el trabajo por intermedio de Yury. Él se había venido de Puerto Berrío –Antioquia- donde trabajaba con los paramilitares, y su sobrina al verlo desempleado no encontró más alternativas que hospedarlo en su casa y abogar por él ante su jefe para que le diera trabajo por días. De esta forma Yury es la mayor proveedora del ingreso familiar que comparte con: dos hijas, abuela y tío.

“Bueno, ¿pero si mataron a Emilio o no?”, pregunta, Yury, con desesperación.

La voz de mi compañera de mesa ya es lo suficientemente alta como para captar la atención de las personas que nos rodean. La respuesta tiene que ser rápida pero sin perder detalles de la historia:

Sentada en el que fue su lecho de amor por tan sólo ocho meses, Karen, aún con el olor a Emilio impregnado en sus sábanas, inició unas interminables horas de oración.

Buscó el buzo blanco, y el pantalón azul que hacía poco le había regalado a su pareja. Su corazón le decía que Emilio había muerto y debía tener todo preparado para el sepelio.

Por segunda vez, Karen tomó el teléfono y le dijo a un amigo, taxista, que estuviera preparado para que la transportara.

Las dos melancólicas campanadas del reloj se confundieron con el repicar del teléfono. Karen tomó el auricular por tercera vez:

- Voz de Mujer: *¿Usted es Karen?*- Se escuchó del otro lado del teléfono.

- K.: *Sí.* – Contestó Karen asustada.

-V.M.: *Por aquí mataron a un pelado.*

- k.: *¿En dónde está?*- preguntó, Karen, con voz quebrada.

El amigo del taxi nunca apareció y minutos más tarde “Carnaval” el mejor amigo de Karen la estaba acompañando frente al cuerpo ensangrentado de Emilio. Así me lo contó Karen:

“Ahí estaba con la camisa naranjada y el pantalón negro que nunca se quitaba. En ese momento no lloré, lo único que hice fue insultarlo, por bobo. Tan güevón, en vez de pensar en la mamá; hacerse matar por una vieja, primero es la mamá que cualquier otra cosa”.

### **A cumplir con el deber**

Parece que Yury ha saciado parte de su curiosidad y aunque todavía le quedan varias preguntas por hacer, debe abandonar mi mesa, pues ya no tengo licor para consumir y a ellas sólo se les tiene permitido sentarse con los clientes que gasten, por lo cual reciben una bonificación llamada “ficha”.

Chanclas estilo plataforma negras, piernas atléticas –de bailarina- el ruedo de un vestido rosado con estampado de flores que comienza a

mitad de los muslos, cintura demarcada por la tela que se adhiere a su piel, escote profundo, senos pequeños, mentón en alto, maquillaje fuerte, ojos color miel, cabello rojizo y un caminar seductor. Yury bien podría representar a sus colegas de la antigüedad; de acuerdo con la Biblioteca de Consulta Encarta "en Grecia y Roma a las **quaestuosas** y **meretrices** se les permitía lucir emperejiladas de colores púrpuras y azafranes, o con vestidos transparentes. Se abusaba de alcohol y se usaban abortivos de toda clase".

No son muchos minutos los que pasan sin que Yury encuentre un cliente al cual acompañar. Varios jóvenes, que oscilan con edades entre los 16 y los 25 años, la detienen en su mesa; su cadera va directa al regazo de uno de ellos: "uuuuuuyy...", es la expresión que se escucha al instante.

Risas, caricias, besos, roces de pieles... Yury y el joven que la abraza contra su cuerpo, abandonan la mesa para ir a una de las habitaciones del lugar. \$40.000 es la tarifa que cobrará ella, \$10.000 irán para el establecimiento por el alquiler de la pieza y un preservativo y \$30.000 serán los honorarios de Yury por satisfacer el deseo sexual del cliente.

Con la mirada fija en la puerta de la habitación, a la espera de ver salir a la pareja y el último trago de aguardiente servido en la mesa para quemar la garganta en el momento de apreciar sus rostros, sigo rodando, en mi mente, la historia de Karen:

### **Por la puerta de atrás**

Para ella no existía otra explicación a la muerte de Emilio, que un suicidio: por el amor que él le tenía, lo grosera que ella fue y el oficio al que se dedicaba. A su alma se sumaba una tristeza más al lado de las heridas provocadas por las desapariciones trágicas de las personas que más la quisieron y respetaron, aunque ella fuera una triste y simple **Putá**.

“Edwin tenía 24 años, Arturo 25 y Emilio 26, yo no me explico”; era el pensamiento del cual no se podía alejar Karen. Por más razones lógicas que buscara, no encontraba una respuesta satisfactoria a las tempranas muertes de sus mejores amigos, en distintas épocas y circunstancias.

Las luces del día eran envueltas por la oscuridad de la noche. Karen con su rostro apoyado en el pecho de “Carnaval”, esperaba pacientemente el cuerpo de Emilio en las afueras del anfiteatro de Medellín, ubicado en el barrio Castilla.

“Entonces bórrese, mátese”. “Raúl rastriame ese teléfono”. “Ese man no me gusta y no me gusta y no me gusta”. “En todo caso nos quedamos de ver algún día”: frases, instantes, momentos que pasaban fugazmente por el corazón de Karen para volver a Edwin, Arturo, Emilio y finalizar con la flecha en llamas en la que se había convertido el único testimonio de la muerte de Emilio: “Fueron cinco manes los que estaban con él, se agarraron a bala, me dijo una pelada”, voz de Karen.



Siete campanadas en las iglesias de Antioquia indicaban la hora. Los minutos eran una eternidad, tanto que en uno de ellos podía recordar toda la historia de amor con Emilio: "No duramos casi nada, de enero a Septiembre, una semana antes del día del amor y la amistad. Fue una relación muy intensa, parecía que nos hubiéramos conocido toda la vida. Él se mantenía diciéndome que dejara tanto amigo, sin embargo iba cediendo y me llevaba a trabajar en los sitios de striptease; esas eran las peleas de nosotros; recogía la ropa y se la llevaba para el apartamento de Raúl, se volvía a contentar y volvía a subir con los chiros, tan guevón", recordaba Karen.

La familia de Emilio aún no había aparecido, Karen dice que no le ayudaron a hacer las vueltas del entierro, que a ella le tocó hacer todo en compañía de "Carnaval", quien a pesar de odiar a Emilio, sabía que como en muchas otras ocasiones, no podía dejar sumergida a su amiga en medio de la soledad.

Se dieron las nueve de la noche, en medio del frío que salía del anfiteatro, estaba la pareja de amigos recibiendo el tan triste y anhelado cuerpo. Las lágrimas todavía no abrían trocha por las mejillas de Karen: la mujer aún no elaboraba el duelo, su preocupación estaba centrada en darle una cristiana sepultura a la persona que le dio una prueba de felicidad después de muchas coronas de espinas.

"Me lo entregaron en una bolsa café y el carro de la funeraria nos llevó, a 'Carnaval' y a mí, con él, hasta Itagüí y de ahí esperar como hasta las

doce de la noche para llevarnos a una sala de velación en el corregimiento de San Antonio de Prado; la familia de Emilio es de allá”.

El arribo a San Antonio de Prado, ubicado al sur occidente de Medellín, le trajo evocaciones a Karen: “El primer día que fui con Emilio a la casa de los papás, ese ambiente tan pesado, esos parceros de él, yo capté todo en un momentico, todo, todo; este man no tiene amigos aquí, él era como un paraco –paramilitar-. ‘Karen, usted no sabe quién soy yo’, me decía”.

Si la amistad se mide por el número de personas que lo acompañan a uno durante el ritual de la sepultura, hay que decir que Karen tenía toda la razón: “Emilio no tenía amigos”.

Sus padres, su novia Karen y el mejor amigo de su novia “Carnaval” fueron los únicos dolientes durante la madrugada. Con las primeras luces del día llegaron los hermanos, “que pena, uno con una familia así”, expresaba Karen, “sólo una de las hermanas sabía a lo que yo me dedicaba, pero ella decía que lo importante es que yo lo quisiera”.

Minutos más tarde al recinto de velación llegó un anciano, de esas personas que sabe que es un deber del cristiano acompañar a los muertos, así no sean su familiares o amigos. El hombre no sólo resultó ser un ángel de los muertos sino también de los vivos:

– *Anciano: Niña: ¿usted es que no come?*

– K.: *Es que no tengo plata.*

– A.: *Venga yo los invito.* –Insistió el anciano.

“A mí no me pasaba nada, al final me tomé un café con leche y me comí un buñuelo. Me daba pesar de ‘Carnaval’ no habíamos comido nada desde el día anterior, porque el único dinero que tenía, 80 mil pesos, ya me lo había gastado en las vueltas del funeral”, asegura Karen.

La ceremonia religiosa no podía ser más triste para la ocasión: en el templo sólo estaban los padres de Emilio, sus hermanos, la novia y “Carnaval”.

De las lecturas, oraciones y predicaciones del sacerdote no existe rastro en la memoria de Karen. Ella sólo sabe que fue un momento de su vida, en medio de un túnel, en el que no hubo sonido ni luz alguna. El repicar fuerte y agudo de las campanas la trajo de nuevo al mundo real: el féretro con el cuerpo de Emilio pasaba la puerta de la iglesia para llegar al atrio.

Karen con el dolor en el alma sabía que no podía acompañarlo hasta el cementerio; ya le había sucedido con Edwin: cada que entraba en depresión resultaba frente a su tumba llorando y consumiendo drogas alucinógenas; esta vez prefería desvanecer su más hermosa historia de amor en un marco que le representara paz: “Abrí la caja, le di un beso y me vine”. Ella no quería conocer el sitio de sepultura.

En los ojos de Karen se observaba, como poco a poco se iba perdiendo la imagen que le hacía derramar gotas de sangre.

“Carnaval” rodeó con su brazo izquierdo a Karen, empuñó los dedos de su mano derecha dejando el dedo pulgar libre, extendió el brazo y movió su mano varias veces adelante y atrás; los frenos de un bus marcaron la parada: “señor, nos lleva por la puerta de atrás, no tenemos plata para el pasaje”, era la voz débil de la pareja. 20 minutos después el automotor paró cerca a la estación Envigado, del Metro de Medellín: Karen y “Carnaval” comenzaron su último recorrido hacia el apartamento de ella, fueron aproximadamente 30 minutos, a pie, los que se demoraron en su procesión, hasta llegar al lecho donde Karen se ahogó en lágrimas...

Los ojos encharcados de Yury me traen de nuevo a la realidad del momento, hábilmente su mirada esquiva a la mía... Sus ojos de niña no solo hablan de un presente, sino de un pasado traumático.

## CAPÍTULO 3

*El látigo del domador laceró el alma de la fiera*

### **El león en su jaula de oro**

*Karen y Yury en su infancia y adolescencia,  
fueron y siguen siendo fichas que se mueven  
de acuerdo con la conveniencia del rey o la reina.*

Fueron muchos los gemidos, decenas de ojos aguados y cientos de lágrimas los que presencié en el desarrollo de la investigación, sin embargo, Yury no necesitó de ninguna de esas expresiones para decirme que había un sabor a hiel que penetraba en su alma.

La pregunta, sin ningún tipo de malicia o con objetivo específico alguno, se la hice en el striptease Caracas, varios días después de haber realizado la primera entrevista.

- ¿Qué recuerda de su infancia, digamos desde los seis años de edad?

Con su voz fuerte y agresiva trataba de disimular la palidez que repentinamente había tomado su rostro. Durante varios minutos me

indagó sobre el motivo de la pregunta y lo específico de los seis años. Al saciar sus inquietudes soltó una fugaz y venenosa frase: "Jamás lo voy a perdonar. Hay dos personas que odio con todas las fuerzas de mi ser y él es uno de ellos". Seguidamente quemó su garganta con un brandy, de esos que en buen paisa llaman "sencillo con cara de doble", el cual adornaba la mesa desde hacía varios minutos.

- ¿En dónde pasó sus primeros seis años de edad?, le pregunté.

- En Buga, me respondió secamente.

De inmediato recordé que su abuela paterna era del Valle del Cauca. Entonces comencé a crear el entorno: cultivos de algodón, soya, maíz, café, caña de azúcar... y frutales.

- ¿Con quienes vivía?

- Con mi mamá... y ese hijue... de mi papá; él era muy malo, mi abuela materna dice que sabía hasta de brujería. Vivíamos en la finca de mi abuelita -paterna-, ella también tenía una casa grande en el pueblo, la cual vendió mi papá y después se gastó la plata. Él le pegaba mucho a mi mamá, era muy malo, eso le daba unas palizas y yo no hacía sino llorar.

Imagínese que una vez como que estaba muy celoso y le estaba dando muy duro a mi mamá. Yo estaba muy pequeña, no se cuantos años, y yo diciéndole que no le pegara y él dele y dele, hasta que me tiró contra

una pared y ahí quedé inconsciente, mi mamá como que se pudo volar y me dejó ahí, iera que él la iba a matar! Después llegó mi tío y me recogió inconsciente.

La ráfaga de palabras con la que Yury busca incinerar el recuerdo de su padre me lleva a buscar estadísticas de la violencia familiar en Colombia, encuentro un informe de la Dijin, según el cual en nuestro país, los delitos sexuales y la violencia intrafamiliar han aumentado en los últimos años en un promedio de 200%. De 12.736 casos reportados en 1994 se pasó a 36.149 en 2002. El principal método de agresión es la violencia física (36,7%), seguida de la violencia verbal (26%), económica (18%) y psicológica (12,6%).

Las anécdotas a las que se refiere Yury, corresponden a finales de la década del 80 y principios del 90; en medio de una sociedad colombiana marcada por tradiciones machistas y a la cual se le presentaba en bandeja de plata la posibilidad de obtener dinero, lujos y poder a una velocidad acelerada gracias a los carteles de la droga que le daban un nuevo orden social al país, creando una clase emergente que años después padeciera la ley de la gravedad.

Pero ese juego de poderes que acompañaría a Yury en diferentes pasajes de su vida, no sería el acontecimiento que le incluiría la palabra "odio" en el incipiente léxico de sus seis años de edad.

## **Sangre de su sangre**

Yury en su lenguaje expresa como lleva el recuerdo permanente de los abusos sexuales que padeciera en su infancia: "Lo que nunca le voy a perdonar a mi papá, y por eso lo maldigo donde quiera que se encuentre, es que cuando estaba chiquita él me tocaba, usted sabe...

... Cuando estábamos en los cañaduzales, no desperdiciaba oportunidad para tocarme, para abrazarme, me daba besos, pasaba sus manos por mi cuerpecito. Imagínese yo era una niñita y me mostraba revistas donde hacían cosas cochinas, para que viera que no había nada de raro. Yo le decía a mi mamá que no me dejara con él, pero siempre lo hacía y claro él aprovechaba para hacer..., cierto... Ese es el primer recuerdo que tengo de mi niñez.

No puedo culpar a mi mamá por lo sucedido, pues yo le decía que no me dejara asolas con él, pero nunca le dije los motivos. Ella no sabe lo que me pasó en la infancia". Aclara Yury, mientras pide otro brandy, a estas alturas ya no sé si es para engañar al fantasma de sus recuerdos o, como dice ella, para fichar y hacer sonar la registradora; porqué todavía es temprano, los clientes están ariscos para ir a las piezas y en el primer striptease de la tarde sólo recibió dos monedas: una de 500 y otra de 200 que rodaron de las manos temblorosas y arrugadas de dos borrachos, los mismos que aprovecharon la oportunidad para pasar la yema de sus dedos por las piernas y la zona púbica de la "**buscona**".

El trago amargo y venenoso que debió beber la inocente Yury, a los seis años de edad, es tomado frecuentemente por los menores en Colombia,



siendo un grupo vulnerable al ejercicio de la prostitución, como lo señala el programa Espacios de Mujer: "El abanico de los factores causantes de la prostitución es amplísimo: violación a muy temprana edad, bajo nivel académico, pertenencia a familias disfuncionales, embarazo precoz, abandono por parte del esposo o el compañero, y otros. Sin embargo el principal factor determinante siempre es la pobreza, sin aclarar siquiera que se entiende por pobreza".

La investigación carecería de toda validez si se dijera que el acoso sexual del que fue víctima Yury, en su infancia, fue el que la llevó a ser una "**señora de dudosa ortografía**". Se puede decir sí, que a ella le tocó enfrentarse a muy temprana edad con uno de los factores que pueden llegar a ser parte del historial de una prostituta o de un prostituto; razón más que suficiente para conocer las cifras de violencia sexual que manejan organizaciones nacionales e internacionales:

De acuerdo con el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar –ICBF- en 2002 fueron reportados 461 casos de abuso sexual contra menores en Colombia y en 2004 la cifra ascendió a 1.305. Por su parte la Fundación Renacer establece que en el año 2004 existían 35.000 menores vinculados a la prostitución en el país.

"Este es el país del sagrado Corazón de Jesús", dirán muchos para justificar los actos incomprensibles que se repiten constantemente; "porqué así somos los colombianos". En ese mundo mágico y no siempre alegre, me encuentro a la espera de mis primeras entrevistadas, es el primer contacto periodístico con el mundo de la prostitución. Dos brazos

que vienen de atrás, con destinos cruzados, se deslizan sensualmente por mi pecho.

### **Ojos rasgados**

Mientras Karen se da una ducha, para quitarse la capa de sudor que los clientes del día, la noche y la madrugada han dejado en su piel, "Ojitos", su mejor amiga, trata de distraer mi atención con el objetivo de evadir un compromiso no muy común para ella; contar apartes de su vida a un perfecto desconocido a altas horas de la madrugada.

La recomendación sería igual a la de muchas: "no grabe, a quien le podría interesar mi historia, además me asusta".

Por un momento coquetea con su mirada en la cual sobresalen dos cristales café, y un conjunto de hilos dorados y crespos. Con sus largas uñas reparte algunos gramos de perico -droga alucinógena- sobre la mesa, hasta que lleva un poco de ella a los hoyuelos de su nariz, cierra los ojos, respira profundo y suelta apartes de la violencia intra y extrafamiliar que se vive dentro y fuera de Colombia:

-Ojitos: Bueno yo sabía a lo que iba, por plata, para sacar a mi hijo adelante, no ve que el hijueputa del papá, pues si es que así se puede llamar, me dejó apenas supo que yo estaba embarazada. Uno de 19 años, con bastantes problemas en la casa; no, la vuelta no era así. Se dieron los contactos y pa' Japón, más de 16 horas de vuelo. Yo nunca me había prostituido, pero iba era por plata; hijueputa, nadie en la vida me iba a volver a molestar, en ese avión juré que no iba a volver a

depender de un hijueputa hombre, ay perdona lo que le toque, pero es que ustedes son unos hijueputas”.

El sueño oriental lo viviría con los ojos rasgados, pero de la tristeza. Al llegar al país del sol naciente la deuda que tenía con sus contactos era el equivalente en yenes a 70 millones de pesos. “Ojitos” no había acabado de descargar la maleta cuando su público ya la esperaba con los brazos abiertos, en un teatro de la ciudad de Kyoto:

- O.: Eso era grandísimo, hasta me imaginé que iba a ser actriz porno, tan pendeja uno. Pero no, eso fue de una para la cama con un hijueputa japonés; menos mal fue rápido; el man era ‘polvo de gallo’ -eyaculador precoz-, pero después yo hubiera preferido haberme quedado con él otro ratico; él que sale y el otro entrando, yo no entendía, hasta creí que era que me iban a pagar, pero no, era otro cliente. Niño, sabe que eso fueron por ahí 12 hijueputas los que me tocó atender en un ratico.

Un golpe fuerte y seco abre bruscamente la puerta de la habitación, el instinto natural me lleva a buscar con la mirada una salida de emergencia que afortunadamente está detrás de mí, por ella han saltado hacia la Calle Colombia varios amigos y clientes de Karen en medio de la locura producida por los efectos de la droga y el alcohol.

De frente a mí vista está la puerta principal abierta y en medio del marco el compañero sexual de “Ojitos”, a mi espalda se siente el frío de la madrugada que entra por la puerta trasera, al igual que el ruido de uno que otro carro que transita por la que es una de las vías principales

de la ciudad. La habitación ubicada en un segundo piso hace parte de un inquilinato situado en el sector estadio de la ciudad de Medellín.

Un bálsamo recorre todas y cada una de mis venas; si la figura del "macho" hubiera aparecido unos segundos atrás se habría encontrado con las garras de su hembra escudriñando en mi pecho, y ahí no hubiera valido la figura del periodista; un amante celoso así sea el de una "**mujer de las cuatro letras**", es un amante al fin y al cabo: el territorio se marca y se hace respetar, mucho más si se tiene en cuenta que el de este macho sólo se reduce al de unas pocas horas de la madrugada, cuando el resto de la manada ya ha saboreado a la presa.

Con la libertad que puede caracterizar a una "**mesalina**", Karen ingresa a la habitación envuelta en una toalla, la misma que deja caer tan pronto está frente a la maleta en la cual guarda su ropa; el acto que para muchos podría ser inmoral, para ella simplemente es el ponerse cómoda.

Los dos amantes ni se inmutan de la presencia de Karen, quien sólo lleva una pijama color rosado encima; a la hembra en celo y al macho cabrío sólo les interesa la discusión que sostienen, en la cual se nota a leguas que el jíbaro –expendedor de droga- en días anteriores se gastó la plata de la "**percanta**", quien sólo lleva consigo los cuatro mil pesos que cuesta el alquiler diario de la pieza.

La pareja, sin despedirse, abandona la habitación en medio de los gritos y los reclamos. Karen sirve dos tragos de aguardiente y a pesar de que

hay varias sillas disponibles, tal vez siguiendo un comportamiento rutinario o con la intención de seducirme, se sienta en una de mis piernas para brindar por los amigos, la vida, el pasado...

En su infancia y juventud, la mujer que esa noche buscaba estimular mi sentido del tacto permitiendo un leve y sensual contacto de su zona púbica con el material grueso de mi pantalón, fue una persona a la que le correspondió convivir con unas costumbres opuestas a las que hoy vivimos y un poco distantes a las que su generación empezaba a disfrutar. Su abuela, una matrona antioqueña de esas que cubren su rostro y cabeza para ir a misa y llevan consigo un grueso y lujoso rosario, fue la encargada de la educación de aquel pequeño león que rugía cada vez que se le trataba de encerrar en su jaula.

Todavía sentada en mi pierna izquierda, con algunos rastros de perico en sus uñas, Karen expresa que la que ella llama mamá, en realidad es su abuela: "Yo tengo memoria más o menos desde los siete años, cuando mi mamá -abuela- me dijo que mi mamá se había muerto. Yo no sabía. A mi mamá natural la mató un carro, ella tenía seis meses de embarazo, quedamos dos hermanos; yo tenía tres años, mi hermanito cuatro. Según mi mamita, cuando el entierro de mi mamá yo la iba a sacar de la caja".

A partir de ese momento Karen y su hermano debieron adaptarse a las reglas de su abuela, que aunque alcahueta como la mayoría de ellas, traía consigo una serie de costumbres que empezaban a ser miradas como extrañas para la década de los ochenta; por ejemplo llegar a

prohibirle a Karen que montara en patines o en bicicleta por el temor a que perdiera su virginidad.

La infante de esos años vivía dos mundos que tenían como límite la puerta de su casa. En el de afuera se hablaba, día a día, cada vez más de los movimientos feministas, del espacio que las mujeres ganaban en el mundo laboral, profesional y de la recreación, mientras que en su hogar se le educaba, según Karen, para que siguiera la vida religiosa; su abuela sólo le encontraba dos caminos a la nieta: casarse y dedicarse al cuidado del hogar o continuar los designios de Dios, en ambos casos llegando en estado de virginidad.

“Ojitos” sin el brillo de unos minutos atrás y con la cabeza en dirección al suelo ingresa de nuevo en busca del consuelo de la que -en ese momento- llama su hermana. Karen lleva el rostro de “Ojitos” a su pecho, pasa sus brazos por detrás de la espalda y continúa el relato familiar: “Mi papá está vivo, él quería ver por mí, luchar por mí, sino que mi mamita no lo dejó. Porque fue muy mal marido con mi mamá. Una tía me dijo que es drogadicto; yo debería ir por allá -risas-, ella también me dice que pregunta mucho por mí; mi tía le dice que yo soy igualita a mi mamá. Vive como sólo y mejor que no sepa dónde está porque si yo lo veo, lo recojo. Nos hemos puesto citas pero no nos hemos podido encontrar, una vez me llamó: ‘*Quiubo miya, ay la quiero ver*, yo le respondía evasivamente que un día de estos, hasta que nos pusimos una cita pero nunca apareció, siempre está más huelido que un hijueputa”.

Karen aprovecha que el rostro de "Ojitos" se encuentra de espaldas al mío para decirme, con gestos, que continúe haciéndole preguntas a su amiga y así distraerla de la tristeza que la acongoja. Seguidamente en sus uñas lleva droga a la nariz de la amiga y después a la suya".

- ¿"Ojitos", pero sígame contando su historia en Japón?, pregunto

**"La mujer de la ventana común"**, la misma que había prometido, en un avión rumbo a Japón, que no se iba a volver a dejar molestar la vida de un hombre, por el efecto de su momentánea pena dudaba en seguir con el relato. Sin embargo, Karen se las ingenió para que continuara con la historia que vivió en el país del sol naciente.

-O.: Le estaba diciendo, niño, que eso fue muy duro, uno sin poder llamar a la casa, sola, el idioma, las costumbres y el trabajito; la chimba -vagina- me ardía como un hijueputa, eso era dele y dele todo el día y la deuda no bajaba. De la caculla -pequeña habitación con una cama y un baño- para el teatro. Uno al menos aquí hace el striptease y ficha y le pagan el turno, allá esos care chimbas es dele y dele y hagan filas, niño que hijueputas tan degenerados, ¿no?

La alarma de un celular se enciende y las tres personas nos levantamos sobresaltadas. Tres de la mañana con 50 minutos, en la mesa sólo quedan un poco de droga y la botella del licor va a hacerle compañía al resto de la colección de envases de brandy, aguardiente, ron, ginebra y tequila que hay regados por toda la habitación.

“Ojitos” aprovecha la interrupción para salir al balcón y comprobar que “El rufián”, como llama a su pareja cuando está enojada, no vaya a estar apostado en cualquier edificio del frente, como un francotirador en espera de que su víctima de un paso en falso para halar del gatillo.

La mujer al parecer no ve ningún movimiento extraño, sin embargo, con la astucia que podría caracterizar a una serpiente, en un ligero desplazamiento cierra la puerta del balcón y lanza un respiro de tranquilidad, opuesto al que yo emito seguidamente; si su hombre nos estaba vigilando desde afuera, ahora sin la posibilidad de la visión debe estar desesperado, y si aparece de repente, y si..., y si...

La mujer de las pestañas crespas, ojos cafés, cuerpo delgado y estatura mediana vuelve a pasar sus manos por mi pecho, mira mi rostro asustadizo, y suelta una carcajada. La temperatura de mi sangre debe estar a menos 57 grados bajo cero.

Ustedes en Colombia generalmente descansan los lunes o martes, ¿en Japón había descansos? Le pregunto a “Ojitos” mientras retiro sus tenazas de mi cuerpo. En cualquier momento puede aparecer su compañero o, peor aún, provocar cambios hormonales en mi cuerpo.

-O.: Niño uno tenía que hacer tantos clientes diarios y si nos daba pereza o no alcanzábamos a cumplir con la meta, nos pegaban unas pelas... Utilizaban látigos o los manes que nos cuidaba nos daban patadas y puños.



¿Y alcanzó a pagar la deuda?, prosigo el interrogatorio.

-O.: No. Después me vendieron a otros manes, esos si eran malos; ya no me tocaba trabajar en un teatro, sino en una pieza. Una parte de lo que ganábamos era para los dueños y otra para nosotras. Se conoce uno con otras colombianas o latinas y le enseñan que debe esconder plata para enviar a Colombia y poderse volar; claro y empieza uno a esconder y ellos a darle duro, hasta nos quemaban, vea esta cicatriz – muslo- es un recuerdito, pero que va, ya había hablado con mi mamá y ella estaba pendiente pa' recibir los giros, dizque pa' comprar la casita, pa' venir a montar un negocio y que viviéramos bien, ja, ja, ja, que desilusión.

- ¿Y entonces que pasó?

O.: Usted sabe con estos ojitos y las pestañitas que me mando, claro diferentica a esa japonesitas, hubo un iraquí que se fue enamorando de mí, ese tenía plata como un hijueputa, y como yo todavía tenía una deuda de más o menos 40 millones de pesos, pues en yenes, él los pago, pero igual tenía que seguir trabajando para el iraquí. Ya no era tan duro, me dejaba guardar más plata, no me pegaba, a veces me decía que no fuera a trabajar y me pagaba el día, pues me descontaba parte de la deuda.

- ¿Entonces, cuándo se devolvió para Colombia?

O.: Niño, yo mande y mande plata, hasta que calculé que ya había ahorrado lo suficiente como para comprar una casita, y cerré los ojos y me le volé al iraquí. A veces pienso que hasta tan guevona, hubiera ahorrado más o hasta el iraquí me tendría viviendo bien. Entonces me volé y me presenté a la embajada para hacerme deportar, no ve que no tenía ni pasaporte, ni cédula, además si uno es deportado no tiene que pagar el tiquete del avión, y yo no me había ido propiamente de paseo como para pagar el viaje.

El regreso a Colombia sería el decolaje más fuerte de su vida, y no propiamente por el mal estado del avión, la pista o la inexperiencia del piloto; en la sala de espera del aeropuerto no hubo una palabra de ánimo, ni un gesto de cariño; sólo soledad para "Ojitos". Y al llegar a su casa, la crisis de la madre que es desconocida por el hijo.

### **Sabores para todos los gustos**

Karen, quien se había dormido por unos minutos, se despierta repentinamente, como si alguien le hubiera cortado la respiración, una situación muy común, nos dice, desde la muerte de Emilio.

"Niño y usted qué, ¿no nos va a invitar a nada?, saque y saque información y del chorrillo –licor- nada", dice medio dormida Karen.

Vino entonces la tradicional negociación antioqueña, ese tire y afloje: que ¿usted cuánto va a dar?; que, yo pongo tanto; no, que, están en mi casa; que, hagamos una vaca. Al final la prolongación de la rumba con las "**mil polvos**" se tuvo que aplazar para otra madrugada, pues de

nuevo llegó el hipnotizador de "Ojitos" y ella salió para su pieza, que es contigua a la de Karen, como cualquier yegua guiada por su domador.

La oscuridad de la madrugada empieza a desvanecerse con las primeras luces del día, mientras el fenómeno natural llega a su fin, Karen sigue un ritual inquebrantable, por más licor, drogas o rumba que tenga encima; siempre habrá tiempo para aplicarse cremas en el rostro. Ella es consciente de que el mundo de las "**lobas**" exige un buen cuerpo y una fachada bien cuidada, de lo contrario irá bajando en la estratificación hasta llegar al sector de la Veracruz o Lovaina, donde hay "**taconeras**" que prestan su servicios, en su mayoría sexo oral, por unas cuantas monedas, que entre todas no alcanzan a sumar cinco mil pesos.

De acuerdo con la Fundación Esperanza que es patrocinada por el gobierno italiano, el ejercicio de la prostitución femenina en Colombia se puede clasificar en seis categorías:

Las acompañantes: son mujeres entre los 18 y los 25 años que trabajan en "reservados". Acompañan a ejecutivos a fiestas, comidas y paseos. Son contratadas a través de un administrador que maneja catálogos y elabora paquetes que incluyen sexo. Su precio oscila entre \$40.000 y \$80.000.

Las estudiantes: sus tarifas son las más altas debido a su condición de colegialas o universitarias. Oscilan entre \$150.000 y dos millones de pesos.

Las residentes: Viven en las casas de prostitución. Atienden las 24 horas. Su pago es diario. Por media hora cobran hasta \$20.000.

Las masajistas: Son mujeres que, además de ofrecer masajes relajantes, realizan también masajes eróticos. La media hora vale \$15.000 y la hora con relaciones sexuales hasta \$50.000. Esta modalidad también es practicada por los hombres.

Las independientes: Son mujeres que trabajan de manera independiente. Por lo general, se encuentran con sus clientes en sitios públicos para luego ir a un motel. Cobran entre \$30.000 y \$70.000. Dentro de esta denominación se incluyen las acompañantes y algunas universitarias.

Las visitadoras: se trata de jóvenes que hacen domicilios enviadas por los negocios a los que prestan sus servicios. Pactan las citas telefónicamente. Sus clientes las escogen antes en un catálogo. Trabajan por turnos y en contacto con proxenetas.

En esta clasificación encontramos que falta el grupo de las striptiseras en el cual podemos incluir a Yury y a Karen. Ellas, dependiendo del lugar en el que se encuentren, pueden trabajar turnos de 12 horas diarias -dos de la tarde a 12 de la noche o cuatro de la tarde a dos de la mañana- o dependiendo de las necesidades que tengan, de las reglas del lugar, de la cercanía con el administrador, del grado de alegría o depresión en el que se encuentren, de la demanda de la clientela, o de

los efectos de la droga se pueden doblar y hacer el turno de dos a dos, que generalmente termina a las 3:30 a.m. en el establecimiento público o incluso alargarse unas horas más y finalizar en un amanecederero, motel, inquilinato, hotel, o residencia hasta que el cliente quede satisfecho y regrese a su hogar con el abrir del día.

De acuerdo con la Biblioteca de Consulta Encarta, la estratificación de las trabajadoras sexuales viene de tiempo atrás, en las antiguas Roma y Grecia existieron la **prostituta oficial**, la privada o libre, las famosas **hetarias** como Aspasia de Mileto que fue amante de Pericles y Friné que fuera amante de Praxíteles, y las **concupinas**.

Las notas del himno nacional de la República de Colombia, provenientes de una grabadora que ladra desde un cuarto contiguo, son la señal de que es hora de partir, son las seis de la mañana y la avenida Colombia que hacía unos minutos era invadida por la soledad, ahora está acompañada por los deportistas que se dirigen a la ciclovía dominical del estadio Atanasio Girardot, uno que otro conductor hace parte de la decoración del paisaje que es completado por los borrachitos y enguayabados, unos de ellos con el cabello mojado y, como se dice en Colombia, "oliendo a jabón chiquito" –jabón de motel- que parten rumbo a sus casas.

Entre ellos me encontraba yo y muy seguramente algún cliente de Yury o hasta ella misma, sólo que en ese entonces no conocía a la mujer que no solo fue acosada sexualmente por su padre, sino también.... por su padrastro o "ese señor" como ella lo llama, "o que va, es mejor decirle

'esa gonorraea' -expresa Yury-. De por si la relación con mi mamá ha sido difícil y cuando se conoció con el maridito, sólo tuvo ojos para él. Ella a toda hora es de mal genio, sólo malos tratos para uno".

## **12, el número mágico**

La figura de las madres de Yury y Karen empieza a diferenciarse, aunque al final terminan en comportamientos idénticos -censurando el *oficio* y beneficiándose económicamente de lo aportado por sus hijas-. A Karen se le pedía sacrificar su libertad para alcanzar un crecimiento académico o incluso hasta llegar a seguir la vida religiosa; mientras que Yury fue retirada en varias ocasiones de sus estudios de primaria, para que se encargara de los cuidados de su hermanita menor: la hija de "ese señor".

El número trágico, más bien el momento de suspenso en la película de "terror" llamada Yury, se rodaría a sus doce años de edad, así lo señala la protagonista:

"Lo de mi padrastro llegó después de que nos vinimos de Guadalajara, Buga. Yo tenía 12 años y él se acercaba por la noche y me tocaba... Ahí sí le dije a mi mamá y ella dijo que iba a hablar con él; pero claro su respuesta fue: 'Que él creía que a mí me gustaba'. Esa sí fue la época más difícil; con decirle que me bañaba con ropa por el temor a que me estuviera observando".

## **El imperio del sexo y del poder**

*Prostitución y narcotráfico se encontraron en el camino para crear un trono de lujuria y diversión que en su ocaso dejó una descendencia de odio, hambre y venganza.*

El rojo sangre que hay en los ojos de Maryi es igual al que nos deja observar un “gamín” que merodea a nuestro alrededor, con una botella de pegante, movido por la curiosidad de una grabadora que absorbe una más de las tantas historias que ha registrado en cada hueco de cartón o palacio de mármol que hay en Medellín.

Por información que me ha entregado Yury, en el bolso de su amiga, Maryi, también hay una botella de pegante y un arma corto punzante. La cinta rueda al ritmo del relato: lágrimas, pausas, retroceda, borre y una interrupción de un par de agentes de la Policía Nacional que me advierten sobre los peligros de realizar trabajo periodístico en el parque San Antonio. La oscuridad de la noche se vuelve cómplice de los

delincuentes, y estigmatiza aún más a aquellos personajes que nada tienen y que muestran la suciedad: por ejemplo los indigentes.

Movido un poco por el nerviosismo que causaron las palabras de los agentes llevo la mirada a mis espaldas, encontrándome con la figura destruida del "Pájaro", escultura del maestro Fernando Botero que fue utilizada, para colocar una carga explosiva. Víctimas y "beneficiados" de esos poderes también fueron cientos de colombianos, entre ellos Yury, Karen y Maryi:

#### **Necesitaba pagar las pruebas del Icfes**

Maryi, después de explotar un taco de recuerdos que llevaba en su garganta, me indica que siga grabando: "Todo empezó –la prostitución– cuando yo estaba en el colegio. Resulta que las pruebas del Icfes valían 20 mil pesos, mi mamá me los dio con mucho sacrificio y yo de linda –expresión irónica– me los gasté con un amigo. Después toda confundida, salí corriendo a donde una amiga:

–Maryi: *¿Que, qué vamos a hacer?*

– Amiga: *No, venga que eso lo conseguimos. Yo tengo un amigo, que es un 'cucho' –anciano– que vive en El Poblado; vamos donde él, le hacemos tal cosa, él nos da 80 mil pesos, y nos vamos a rumbiar.*

Yo ya ni modo de decirle a mi mamá que me había gastado los 20 mil pesos, ni modo de llegar a la casa toda cari pelada –sin nada– y decir que no iba a presentar las pruebas del Icfes, cuando supuestamente ya



las había cancelado. Entonces con la amiguita, nos fuimos para El Poblado. A mí me dio miedo entrar de primeras donde el viejo ese, o sea yo no sabía a que... Yo si sabía a lo que iba, pero nunca lo había hecho. Tenía 17 años.

Ya vi la opción de tener plata, de poder adquirir cosas por ese medio. Entonces ya pasó lo que pasó y presente las pruebas del Icfes. Lo más triste es que al tiempo, como al mes, llamaron al colegio: 'Que las pruebas del Icfes de este año no se iban a cobrar; devuélvanle la plata a los alumnos'.

¿Que sintió?

- M.: Fue horrible. Fue una sensación..., ¡Yo que hice!, o sea, no valió la pena.

Maryi con el recuerdo triste en su garganta, nos abandona por un largo rato. Sólo basta con observar como su cuerpo o más bien su sombra se hace gigante contra unas de las edificaciones contiguas a una iglesia ubicada en el costado sur del parque San Antonio. Perfectamente delineada se puede observar la figura de un frasco ancho y pequeño, igual al que el gamín sostiene entre su pecho y su nariz.

A su regreso, como si fuéramos nosotros los que estuviéramos bajo el efecto de la droga, la observamos tan elegante como una garza y tan rastrera como un animal de alcantarilla: aproximadamente un metro setenta centímetros de estatura, hombros encorvados en busca del piso;

gabán azul oscuro de la firma Estudio F, una de las empresas de moda más exclusivas de Colombia, pegante en sus vías respiratorias, una práctica alucinógena de los indigentes de la ciudad; cabello rubio con extensiones y ojos verdes opacados por una mancha roja, dientes amarillentos, manos temblorosas y una sensación de insatisfacción en su interior.

Abordamos un taxi, el mismo que hace su segunda parada cerca de la Plazuela Nutibara de la ciudad de Medellín; sector reconocido por los prostíbulos, moteles y mujeres que se exhiben en la zona pública con escasa ropa. Suenan los frenos del automotor y de inmediato se acerca un jíbaro -expendedor de drogas- para ofrecernos una variedad de productos. Maryi se baja y con caminado sensual se dirige a su palacio, dónde es tratada como reina: hay que entregarle dinero para tener el privilegio de beber los líquidos de su copa. Aunque como todos los miembros de la realeza, no se debe a uno solo, sino a todos los plebeyos, jóvenes, adultos y ancianos, en los tres casos de ambos géneros: masculino y femenino.

### **¿Trata de menores?**

Yury, quién por estos días intenta alejarse de ese mundo, expresa su tristeza por Maryi, quien deberá hacerse cómo mínimo cien mil pesos en lo que resta de la madrugada para poder completar el dinero del arriendo.

La mitad de ese dinero -cincuenta mil pesos- sería el anzuelo que utilizó el papá de Susana, la hija mayor de Yury, para cautivar a su madre. "A

Javier lo conocí cuando yo tenía 12 años y el más o menos 60. Todavía estaba en la escuela, debido a que mi mamá me sacó en varias ocasiones para que me quedaría cuidando a mi hermanita, bueno pero esa es otra historia”, dice Yury.

Un prolongado silencio con aires de temor se puede sentir al otro lado de la línea telefónica; situación que me permite hojear algunos apuntes tomados de investigaciones realizadas por la fundación Espacios de Mujer, según la cual, por una niña virgen en Colombia se puede llegar a pagar más de un millón de pesos.

“...El señor, el papá de mi amiguita, lo más de formal, le dio la plata a ella y a mi también me entregó 50 mil pesos, para que mecatara. Yo seguí yendo con mi compañerita: empecé a hablar con el papá de ella, me invitaba a salir y así nos hicimos....” Voz telefónica de Yury.

... La pareja de amantes -Yury y Javier- golpeó la puerta, al otro lado se encontraba la madre de la infante a la espera del príncipe económico de la hija. Como si se tratará de una película del siglo XVIII, pero rodada en el año 1997, el galán tomó asiento en compañía de su “suegra”, mientras que la novia o amante se dirigió a su habitación, a la espera de una respuesta.

De lo que se habló en esa reunión, Yury no tiene idea, sólo sabe que después tuvo carta libre para salir con Javier a fincas, paseos, rumbas y continuas amanecidas en el apartamento del hombre, al que en varias

ocasiones se refirió como: "Él fue amigo de Pablo Escobar, tiene los carros más bonitos de esta ciudad, casas, apartamentos...."

### **El bebé no traía el pan debajo del brazo**

Los repiques de mi teléfono más bien parecían un llanto de auxilio. Con el pensamiento de ¿qué pasaría?; propio de una llamada telefónica que interrumpe súbitamente el sueño a las tres de la mañana, tomo el auricular:

-Yury: Hola niño, acabé de llegar del trabajo y pensé que podía hablar con usted. Estoy como aburrída; es que en esta vida uno va perdiendo los amigos, pues sí, parceros hay muchos, pero amigos de verdad, nada. ¿Quiere que le siga contando mi historia?

- Me encantaría. Cuénteme más detalles de su vida con Javier.

-Y.: Se acuerda que le dije que yo tenía doce años cuando empecé a salir con él.

- Es que usted era una niña.

-Y.: Las cosas hubieran sido tan diferentes si mi mamá no lo hubiera permitido. Pero lo que ella dice, es que él es una gran persona. Yo me mantenía con él en fincas, en rumbas en la casa de él y claro a los doce años quedé en embarazo, pero me hicieron abortar.

- ¿Quiénes?

-Y.: ..., pues mi mamá y él, Javier.

- ¿Y entonces cuándo llegó Susana?

-Y.: Bueno seguí saliendo con él, después ya era como la esposa, vivíamos juntos, todos los días desayunaba con frutas. Él me trataba muy bien. Mis familiares dicen que yo quedé en embarazo nuevamente, a los 14 años, por culpa de mi mamá, toda la familia la culpa de eso. Ahí fue cuando tuve a Susana; y mi esposo me dejó. Él me sigue dando para la alimentación de la niña, pero nunca la ve, él no la conoce.

La conversación se prologó aproximadamente 45 minutos más, en los cuales Yury pudo contar esa parte de su vida que hasta ahora nadie había conocido de boca suya.

Gimió, lloró, rió, expresó sarcasmos y lanzó ironías, mientras relataba que después del nacimiento de Susana se acabaron los lujos y el futuro plagado de posibilidades, cayó impotente ante las exigencias del mundo real; el espejismo había desaparecido.

Yury, la adolescente volvió a sus andanzas callejeras, donde la marihuana y otras drogas la mantenían alejada del presente que debía enfrentar: de todas las maneras posibles trataba de evadir sus responsabilidades, a tal punto que en varias ocasiones se le vio

amamantando a su hija en medio de la barra de amigos o deslizándose por las mangas aledañas a su casa con la bebé en brazos.

Una buena parte de las cartas estaban tiradas, pero el juego no había terminado y le brindaría a Yury la posibilidad de lanzar unas acertadas manos y enderezar el camino; sin embargo, después de cada buena estrategia vendría una mala pasada del azar o una errada decisión.

### ***"Las prepago"***

Yury no se acostumbraba al cambio de vida: Los lujos en exceso que le daba "el amigo de Pablo Escobar, el hombre de los carros y las casas bonitas..." -como se refiere a Javier- habían desaparecido; y su ingreso al mundo de las "**jineteras**" estaba próximo. Historia que según la fundación Espacios de Mujer se repitió una y otra vez en las familias que recibían directa o indirectamente dinero del narcotráfico y que de un momento a otro dejaron de percibirlo. El análisis socioeconómico que la Fundación hace del fenómeno revela que tuvo gran influencia en el futuro de la prostitución en Medellín:

Espacios de Mujer: "En la época del narcotráfico llegaban a lujosas casa de citas: mujeres y niñas 'compradas' en Venezuela, Ecuador y México. En la recesión económica que siguió a la disolución del cartel de Pablo Escobar, contemporáneamente al derrumbamiento económico del país y de los sectores portantes de la economía de la región antioqueña, la prostitución ha funcionado como 'amortiguador social' para muchos hogares.

Medellín es la ciudad que más ha padecido de las distorsiones culturales aportadas por el narcotráfico. En los años 80 millares de familias recibieron sustento de él, directa e indirectamente.

El modelo de vida se ha vuelto el de las ciudades norteamericanas y europeas; los mensajes procedentes del mundo occidental han empezado a interesar de manera particular la existencia de las mujeres, que deben ser bonitas, de éxito, tener vestidos a la moda, joyas, perfumes. Es el tiempo del dicho: No existen mujeres feas, sino mujeres pobres”.

Es entonces cuando aparecen “**las prepago**”, apelativo con el que se conoce a las mujeres de los sectores más pudientes de la sociedad, con estudios universitarios o integrantes de la farándula nacional que mantienen su nivel de vida con base en ingresos económicos provenientes del ejercicio de la prostitución.

En la ciudad de Bogotá, la revista Semana del 13 de septiembre de 1999 publicó un testimonio de cómo opera el llamado estrato seis de la prostitución colombiana: “Yo solamente trabajo con niñas que viven con su familia, dijo a Semana, una **madame** –proxeneta que maneja este negocio-. La razón es muy simple: ellas no tienen necesidad económica y así nunca se llevan los clientes”. Sus trabajadoras son todas estudiantes de una prestigiosa universidad de la capital. “Son niñas a quienes sus padres les pagan los estudios y no les falta nada. Pero con una gran necesidad de aparentar, por lo cual quieren estar siempre en la rumba de la 93 y comprar ropa para estar a la moda. –Comenta la

Madame- Me llaman en forma esporádica, no regular; solo cada vez que necesitan plata. Algunas lo hacen simplemente por mantener al novio que las chantajea emocionalmente. La mejor niña que tengo se gana 12 millones de pesos mensuales”.

En la misma nota se puede leer un testimonio aún más inquietante: “Aunque uno tenga un puesto estable la verdad es que la plata nunca alcanza. Y uno ya no se siente capaz de trabajar un mes entero para ganarse tres millones de pesos, cuando se puede hacer hasta un millón en tan sólo dos horas de trabajo”.

La fundación Esperanza va más allá, asegurando en una de sus publicaciones que “el fenómeno –prostitución universitaria- está tan extendido que, de acuerdo con indagaciones en todas las universidades de la ciudad –Cali- se presentan casos de alumnas que desarrollan esta práctica”.

Y como para no dejar dudas de que el fenómeno de “**las prepago**” está a la vuelta de la esquina o al otro lado del teléfono, recibo un testimonio de una amiga, estudiante de negocios internacionales en una prestigiosa universidad de Medellín, a quién llamaron a su casa para ofrecerle un cupo de “**prepago**”: “Me dijo que me había recomendado una compañera, que de pronto a mí me interesaba, que por dos horas me podía ganar 500 mil pesos. Yo le dije que a mí no me interesaba. Con lo que tengo vivo bien, además mi carrera me puede dar más prestigio y reconocimiento que ir a dárselo a otro marica por plata”. Las llamadas continúan cada fin de semana insistiendo en que hay buena plata para



que sirva de dama de compañía a extranjeros que se encuentran en la ciudad. Ante esta situación, la madre de mi amiga acudió a la línea contra trata de blancas 01 8000 522 020, donde iniciaron una investigación del caso.

El gusto por las prostitutas refinadas no es nuevo; versiones históricas señalan que fueron los romanos y los griegos quienes potenciaron la prostitución en su afán de conquista bélica y cultural; se hacían a esclavas que los mercaderes negociaban. El precio de las esclavas del sexo aumentaba según sus conocimientos y aptitudes, sobre todo musicales. Del imperio bizantino pasó al musulmán. Los árabes con igual influencia griega heredaron la costumbre a los españoles y éstos finalmente la regalaron al Nuevo Mundo.

De acuerdo con las fuentes citadas en esta investigación, entre las que sobresalen por su experiencia en el tema, las fundaciones Esperanza y Espacios de Mujer, existen comportamientos "**prepagos**" que deben poner en alerta a los padres de familia:

- Dicen que consiguieron trabajo de modelos o en eventos pero no especifican nada, ni muestran contratos, ni cumplen horarios.
- Reciben llamadas extrañas al celular, a cualquier hora, y se alejan con la excusa de que no se oye bien.

- Afirman que la ropa de marca que empiezan a usar es regalada por el novio. De repente tienen una chaqueta Gucci o una cartera Louis Vuiton. O tienen un novio a quien sostienen económicamente.
- Extrañamente la suerte les favorece y empiezan a ganarse el chance, la lotería o en los juegos del casino.
- Las quejas porque la plata no les alcanza empiezan a desaparecer.
- Cambian repentinamente sus sitios de rumba y diversión. Los nuevos son de un mayor poder adquisitivo.
- Comienzan a dar regalos costosos a familiares y amigos.
- Llevan a la casa con frecuencia comida y contribuciones económicas.
- El círculo de amigos comienza a cambiar, se aumenta considerablemente y después comienza a reducirse.
- Deciden independizarse y sacar un apartamento sin tener un ingreso fijo conocido.

### **"Esos papitos de los narcos"**

Herederas del narcotráfico también son las clases menos favorecidas de la ciudad, quienes vieron como sus hijos escalaban vertiginosamente en la sociedad para regresar más bajo de donde empezaron.

En esos años de opulencia no eran extrañas las fiestas de doce horas o más amenizadas por mariachis, tanto en los barrios llamados de alta como en los de baja; era la competencia por tener dos casas, tres carros, ropa de marca, lujos, mujeres....

Karen ya había llegado al mundo de las "**taconeras**", rodeada de ese ambiente de parranda recibía continuas críticas de su familia: "Me decían y todavía dicen: '¿Qué estará haciendo?', como se enreda de mal, como se ve de mal enredada; que con sicarios, que con ladrones'. Así sea con sicarios y ladrones, son bien conmigo, me quieren y me valoran. Además, yo no se de qué habla mi familia, yo al menos llegué virgen al matrimonio; mi mamá -abuela- me dice: 'mija al menos usted se casó por la iglesia, se casó de blanco, en cambio sus primas y sus sobrinas se casaron en embarazo. Y hablan de usted, por que vive sola".

Karen disfrutaba de las primeras ganancias de su nuevo oficio. Vivía en un apartamento sola, y a su hijo, que lo había enviado a vivir con la abuela, le daba el mayor gusto posible, al igual que a sus amigos y porque no, a uno que otro amante. El futuro aparentemente le sonreía, hasta que se escucharon más de tres fuertes golpes en su puerta.

El sonido fue tan fuerte que Karen los escuchó a pesar del alto volumen que tenía su equipo de sonido y lo mucho que disfrutaba del programa de televisión, *Sábados Felices*, por el cual no le importaba perder una noche de trabajo. La Mujer se dirigió a la puerta sin saber que a partir del momento en que halara de la chapa, la vida le cobraría aún más caras sus ambiciones de revancha con el mundo que la rodeaba.

- "Narcos": *Mi amor desde esta semana estamos escuchando un CD, nos lo va a prestar o qué, ¡Hágale mona, ay de bacanería!*

-K.: *Claro niños. Y porque no lo escuchamos aquí, ustedes ponen el guaro –aguardiente- y yo pongo la música.-* expresó Karen con la mayor amabilidad posible.

La amistad que nació esa noche llevaría a la "**prosti**", meses después a entablar relación directa con la famosa "Oficina" -sitio donde el Cartel de Medellín pagaba por el asesinato de oficiales de la Policía Nacional, según informaciones publicadas por los organismos de seguridad del estado en los medios de comunicación-.

Sí, Karen había llegado "a las grandes ligas". Así lo recuerda su amiga "Ojitos": "Imagínese que nosotras éramos parceras –amigas- de los de La Oficina, éramos de las poquitas que subíamos allá a altas horas de la noche; ya los pelaos nos conocían: 'sigan mis amores...', nos decían. Había un pelao tan lindo, pues un duro, a él lo cogieron los polochos –policía-, y está pagando cana en Canadá. Cuando estaba por aquí, nos daba plata a la Karen y a mí para que no tuviéramos que ir a **putiar**; le gustaba que farriáramos con él, que le hiciéramos compañía. Claro, pero los guardaespaldas, pues esas gonorreas de sicarios, nos amenazaban a escondidas del parcerero para que se los diéramos a ellos –acto sexual-, que si no estábamos con ellos, nos mataban.

Y llegó lo más hijueputa: que cogieron al parcerero y lo tienen en Canadá, por allá se muere; entonces sabe qué a volver a camellar, a seguir putiando”.

### **“Arturo se iba a casar”**

Al igual que Karen y Ojitos su otro círculo de amigos, los pelaos del barrio, los primeros compañeros de farra, los que de un momento a otro dejaron la violencia callejera para hacer parte del brazo armado de los carteles de la droga, también quedaron desamparados; iniciando una guerra entre ellos mismos por el trono del poder; y en medio de esa confrontación fueron asesinadas varias personas inocentes como Arturo, según Karen.

-Taxista: Son tres mil quinientos pesos- dice el taxista al parar frente al inquilinato donde vive Karen.

-K.: Niño, no se preocupe que yo pago.- expresa la entrevistada mientras baja el cierre de una de sus botas, para sacar varios rollos de dinero que lleva escondidos en ella.

Esta noche, Karen a pesar del estado de embriaguez en el que se encuentra, luce especialmente atractiva: botas negras que le llegan a la rodilla, minifalda del mismo color, blusa blanca extraple, cabello engominado, y un juego de aretes cadena y pulsera de escaso valor.

Karen sabe exactamente cómo llamar la atención de las personas del sexo opuesto: mientras espera la devuelta del conductor, delicadamente

sube el cierre de la bota y realiza un sensual cruce de piernas dejando ver el color blanco de su ropa interior en el retrovisor, central, donde también confluyen la mirada del taxista y la mía. Después de entregarnos la devuelta, el taxi rueda lentamente mientras su conductor dirige la mirada hacia el retrovisor derecho, esta vez para observar la abultada cola de Karen.

La puerta de la pieza ante la ausencia de una chapa que permita cerrarla por fuera, luce un candado como medida de seguridad, el mismo que abro después de recibir las llaves de mi entrevistada en un gesto de confianza.

“Niño, venga tómese un guaro que yo aquí tengo buenas provisiones”, me dice Karen, mientras enciende la llama de una veladora que ilumina el rostro humeado de una réplica de barro del padre Marianito –presbítero colombiano que fue beatificado durante el pontificado de Juan Pablo II-.

Seguidamente enciende el equipo de sonido, para poner música de Vicente Fernández, y cierra la Biblia que reposa sobre el televisor. “La Karen”, como la llama un grupo de sus amigos, me esquiva la mirada y se queda en silencio de un momento a otro. En las venas de sus manos se puede observar la fuerza que está ejerciendo sobre la botella de licor; quiere ahogar su gemido en el aguardiente, pero es imposible, el triángulo del despecho se ha cerrado: recuerdos tristes, cuerpo alcoholizado y música ranchera.

En su batalla por taponar una despensa de impotencia, la misma que lleva el color negro de la pestañina y el sabor salino de un líquido que brota de sus ojos, busca un tema sobre el cual conversar:

- k.: Con todo lo que yo sea, tengo mucha fe en Dios, es en lo primero que pienso cuando me levanto y lo mismo para acostarme, yo le rezo hasta borracha.

¿Cómo así, aplicando el dicho: el que peca y reza empata?

- K.: Yo le digo: ay parcerero que pena, pero le voy a rezar. De verdad cuando me emborracho, me da la depresión y sólo pienso en Dios, y en los mejores amigos que se me han ido. Los mejores amigos no me duran, yo los quiero mucho de verdad.

La novena al padre Marianito, que ya iba en su séptimo día tendrá que sufrir un receso o como lo dice Karen: "Es mejor volverla a comenzar, para que el viejito cascarrabias no se enoje ¿No le ve la cara? La otra vez le hice la novena y le pedí que me regalará un chancesito y el viejito cascarrabias me lo regaló, fueron como tres millones de pesos".

En términos antioqueños la copa de licor que la "**alemanita**" lleva a su boca "le entró en reversa", no sólo por el gesto producto del alicoramamiento, sino porque el batallón de recuerdos de tanto empujar derribó el muro de contención que hacía un buen rato venía reforzando; incluso desde antes de encontrarme con ella en el "Show Caribeño"; enésimo sitio de striptease donde la observé en un intercambio de

alientos corporales y lágrimas del alma con sus clientes. En ese momento me dijo que el llanto sólo era parte de la actuación correspondiente para compartir la frustración sexual que su compañero de mesa decía sentir en su matrimonio.

Deja caer la copa al piso de madera sin importar que se pueda romper, enreda sus dedos en el cabello y clava la mirada en el suelo para comenzar un monólogo cargado de odio y dolor:

"Hijueputa, Richard te odio con todas las fuerzas de mi puta alma, ojalá te estés pudriendo en el infierno, gonorrea. Por culpa tuya, marica, es que yo llevo este dolor tan gran hijueputa.

A Arturo lo mataron por culpa mía o bueno, no sé. Yo andaba con un man -Richard-:

- Richard: *usted sigue hablando con él y seguro que se lo mato.*

- K.: *Pues prefiero dejarlo a usted que a él.*

Y me lo mató. Tenía novia, Arturo tenía novia, se iba a casar.

Ese hijo de mil putas de Richard me vivía cascando a toda hora, más feo. Yo duré cuatro años sin hablar con él: me buscaba para pedirme perdón. A esa gonorrea, el año pasado, lo mató un duro de Envigado.

Edwin tenía 24, Arturo 25 y Emilio 26: yo no me explico ¿Por qué me los mataron...?



De acuerdo con lo que Karen manifestó, en múltiples entrevistas, la muerte de Arturo fue la que más le dolió: Arturo fue el bordón que la mantuvo en pie cuando recibió el rechazo de su madre, al presentarse su divorcio: "Me fui para donde mi mamá, pero ella me dijo que yo ya había salido de la casa, que quería vivir la vida; entonces que empezara a valerme por mí misma y por mi hijo", me diría Karen.

### **Un comienzo desafortunado**

La ***cualquiera*** que yace en su cama con las uñas comidas hasta la raíz y despertándose sobresaltada en tiempos desiguales tuvo un comienzo "acelerado" como expresara su madre y "bonito" como manifestara ella misma.

Después de dos años de noviazgo la mujer que tenía entre quince y dieciséis años recorría el tapete rojo, al ritmo de una entrada nupcial. "Me casé de blanco y todo, quedé en embarazo al mes. Dos años de noviazgo y uno de matricidio".

Como lo afirma Karen la relación con su enamorado siempre fue muy buena, hasta que llegó el matrimonio o más bien el accidente. Aunque ella aclara que contrajo nupcias más por salir del hogar, donde no podía ejercitar sus alas, que por el amor que le tenía a su esposo.

El siguiente año sería apretado tanto en tiempo como económicamente, Karen, tenía que responder por sus estudios de cuarto bachillerato, los cuidados normales de su embarazo y las atenciones médicas que requería su esposo, así lo expresa: "Como a los días de habernos

casado, mi esposo, se fue a farriar –divertirse- con unos pelaos y había uno que comenzó a jugar con una pistola: a darle vueltas, a darle vueltas... hasta que se le disparó y le entró a mi esposo en la cabeza. Él estuvo inválido, aún así yo veía por el hogar; sino que el disparo le cambió toda la mente: se volvió muy desagradecido, comenzó a pegarme, el niño con un mesecito y le pegaba. Entonces yo lo dejé por eso, yo le dejé todo. Él y yo habíamos comprado el juego de sala, la alcoba, todo, todo; pero con tal de que el niño no viera lo que estaba haciendo, yo le dejé todo.

Es entonces cuando aparece Arturo, su gran amigo. Karen, ante el rechazo de su madre -abuela- y la imposibilidad de regresar a su hogar, debió buscar un trabajo para poder alquilar un apartamento y poder solventar sus otros gastos. El empleo se le presentó rápidamente y su hermano -tío- se hizo cargo de una parte de los gastos del niño.

Sin embargo, Karen tenía mejores planes para su vida, quería terminar su bachillerato comercial y seguir una carrera profesional. El primer sueño se le cumplió gracias a Arturo.

La mujer “echada para adelante” de esos años combinó trabajo, estudio y maternidad hasta conseguir su cartón de bachiller: “Era duro, pero yo vivía tan feliz, este culicagado era más llorón, pero no importaba, me levantaba a media noche le preparaba su tetero, por la mañana lo arreglaba bien bonito, empacaba sus cosas y lo llevaba para donde Arturo, quien me lo cuidaba por las mañanas y en las tardes me lo llevaba para donde otra señora. Me estaba yendo muy bien, pasé a ser

mercaderista de otra empresa, hasta que me echaron. Ya empecé a decaer a decaer, me conocí con un español, me amobló el apartamento y se fue para su tierra.

A mí me siguió yendo muy mal, pero con meros amigos, de farra en farra, hasta que llegué al club 'Edecán' -burdel-; Ya de ahí comencé a vivir la vida, a madurar, a conocer qué era una enfermedad; qué significaba un Sida, qué significaba todo. Yo no sabía nada de eso, no porque me haya pasado, no, sino que comencé a mirar qué existía en la vida, cómo eran los hombres, ahí comencé a ver lo que era la vida.

Me empezó a ir bien, súper bien, a darle gusto a mi mamá -abuela- a devolverle todo lo que ella me había dado en la vida. Hasta donde voy no me arrepiento, para nada, que la vida cambia un poquito, sí, pero yo estoy viendo por la cucha -abuela- y eso es lo que importa”.

Los sobresaltos en el sueño de Karen se han cambiado por pequeños suspiros que dejan ver dos diminutos hoyuelos en sus mejillas. Situación que aprovecho para abandonar la habitación de la “**folladora**”, quien deberá descansar lo suficiente para emprender en próximos días, un viaje rumbo al departamento del Meta: en días anteriores recibió una invitación telefónica para partir con un grupo de “**esclavas sexuales**”, quienes viajarán con todos los gastos pagos y deberán estar como mínimo tres meses en su nuevo lugar de “trabajo”.

## **Tráfico interno**

De acuerdo con Fanny Polanía Molina, unas de las personas que más alianzas ha ayudado a fortalecer entre Colombia y países europeos en campañas contra la "Trata de Blancas": "Las redes que se dedican al tráfico interno tienen generalmente un área de acción limitada, se puede decir que en cada región de Colombia opera una o más redes, que se dedican al reclutamiento y distribución de niñas y mujeres".

Las investigaciones de Polanía; el Comité Interinstitucional para la Lucha contra el Tráfico de Mujeres, Niñas y Niños; la revista Más-Caras 2 -Holanda-; y trabajos periodísticos patrocinados por la Cámara de Comercio de Bogotá revelan la existencia de rutas definidas: en el Valle del Cauca se encuentran mujeres que fueron reclutadas en Quindío, Caldas, Risaralda, y Tolima, y las del Valle son llevadas al interior del país o a la Costa Atlántica. En Pereira trabajan mujeres de Armenia, Medellín, Cartago y Manizales. Las del Eje Cafetero son llevadas a Bucaramanga y las de Bucaramanga a Pereira. En Bogotá se encuentran menores que provienen del interior del país. Y los de Bogotá son llevados a los Llanos.

Por su parte, Polanía Molina en el artículo "Tráfico de Mujeres en Latinoamérica" señala que el mercado interno también cubre la demanda de los países fronterizos y otros de la región. Aprovechando las facilidades de transporte terrestre o marítimo las colombianas son llevadas a Venezuela, Ecuador, Perú, Antillas Holandesas, Surinam, Guatemala y Panamá.

A parte del tráfico internacional conformado por los mercados de: Alemania, Holanda, España, Suiza, Italia, Grecia, Austria, Tailandia, Singapur, Hong Kong y Japón. Las rutas son muy variadas, por ejemplo para viajar a Tokio a veces llevan "la mercancía" primero a Madrid, Ámsterdam o Francfort. Otras veces viajan vía Lima - Los Ángeles, o Caracas - París; y posteriormente hacia Tokio.

### **Sexo, balas y poder**

El viaje de Yury no sería tan largo, el botín no parece haber justificado la lejanía de sus hijas, las amenazas de muerte aún cree sentir las y el haberse convertido en traficante de información, según ella: "Fue la experiencia más retrochimba -emocionante-".

El escenario de la entrevista es totalmente opuesto a sus sitios de operaciones en el Caquetá, aunque existe el verde de la naturaleza, iglesia, alcaldía, policía, la chismosa del pueblo, estos elementos se ven rodeados por la alegría de padres e hijos que visitan el parque Tutucán, en el municipio de Rionegro, al Oriente Antioqueño, contrario al ambiente de disputa de poderes, armas, violencia, amenazas y venta del sexo del "tour" interdepartamental que vivió Yury.

Llegando al parque Tutucán los ojos hinchados de la "**percanta**" -producto del trasnocho- reconocen el paisaje: "En estos días estuve por aquí con mi amiga Maryi y con unos soldaditos de la Base Aérea, la pasamos una chimba, ellos nos recogieron en "El Chochal" -burdel- y pagaron la multa para podernos traer para una finquita. Veníamos en una camioneta cuatro puertas, con los vidrios polarizados, una

vacanería, nadie sabía lo que estábamos haciendo adentro, esa noche si me tomé los chorros y me metí los pasecitos de perico. Maryi se comió -acto sexual- a ese mán en la parte de atrás”, confiesa Yury sin ningún asomo de vergüenza.

“Oíste, voz, hoy estoy como contenta” me dice a la entrada de Tutucán una de las integrantes del grupo de teatro que se encarga de recrear la vida típica de un pueblo antioqueño, la actriz que se denomina la “viuda”, se movía la bata insinuantemente, mientras remataba con la frase “pero no creas que yo soy de esas ***muchachas de la vida alegre***, no, yo soy muy decente, además hoy es domingo y las prostitutas de pueblo están muy ocupadas....”, la retahíla le cayó como baldado de agua fría a Yury, quién solo atino a decir, después de un rato de silencio, “hasta aquí tenemos competencia”.

Apareció entonces el “policía del pueblo” con su traje verde y una escopeta al hombro que terminaba con una flor en la boquilla. La escena de contrastes no sólo era para el actor, también tocaba un pasaje de la vida de Yury.

- Y.: En el Caquetá me tocó cargar un fusil al hombro

¿Cómo así, usted no iba pues de...?

- Y.: Sí, pero espere le cuento la historia completa:

“Trabajando en el gril “Caracas”, me dijeron unas amigas que si me quería ir a camellar a Caquetá, que allá se ganaba mucho. En esa época yo sólo quería plata para sacar a mis hijas adelante y dije que sí. Empaqué y me fui callada, a los tres días cuando llegué a la Wisquería, que tenía un nombre francés ‘Le ...’ algo, llamé a mi mamá y le dije que estaba en un pueblo con unas amigas, que me había resultado un trabajo por quince días, que si me podía cuidar a la niñas, que yo le enviaba plata, y en esas me la pasé como tres meses, hasta que me tocó salir en bombas de fuego, me iban a matar”.

¿Esa es la historia del fusil?, pregunto.

- Y.: Sí..., bueno es una parte, pero espere le cuento todo completo:

“Imagínese que a la Wisquería en la que nosotros trabajábamos iban los paras –paramilitares-. Ellos pedían niñas, pero no para que les prestaran el servicio ahí, bueno unos sí, pero de lo que le estoy hablando es de irse para el monte: le ponían a uno un camuflado, le deban un arma y empiece a caminar. Como yo soy tan pequeña tenían que amarrarme bien la cargadera del fusil, porque me quedaba arrastrando.

Cuando nos tocaba prestar esos servicios nos iba muy bien; era todo un fin de semana ofreciéndole nuestros atributos a toda una cuadrilla de paras: le pagaban a uno un millón de pesos”.

¿Y usted era capaz, con una cuadrilla?

- Y.: Niño, era duro, pero sí. Aunque había una amiga ante la que yo sí me quitó el sombrero y le ofrezco mis respetos: ella era capaz con dos cuadrillas, entonces se ganaba dos millones de pesos.

El relato de Yury continúa mientras escoge collares, hebillas y moños para llevarles de regalo a Lorenza y Susana.

“Ahhh, en estos días que dijeron que habían matado a ‘Doble Cero’ -jefe de grupos paramilitares-, yo me asusté mucho, no lo conocí de frente, pero esa era la amenaza allá: si alguien se manejaba mal le decían que iban a llamar a ‘Doble Cero’, ese era el más malo de todos. Bueno estando con ellos me hice novia de uno de los duros, pues de los que mandaban la cuadrilla, ya en ese encarrete me dijeron que tenía que enamorar a uno de los de la alcaldía, para sacarle información, y después me tocó enamorar a uno de la Sijín o la Dijín, ya no me acuerdo. Pero no me pida que le cuente más de esa parte que ahí si me da susto.

Ahh, lo que sí le puedo hablar es que el de la alcaldía se manejó muy bien conmigo, me daba buenos consejos, era muy lindo. La hermana tenía un laboratorio y era la que me hacía la citología. Bueno pero el de la alcaldía tampoco es que fuera muy bueno, estando con él, me tocó escuchar que le decía a otro compañero por teléfono: que le arrancarían las uñas a uno que habían cogido, si no hablaba”.

¿Y no sentía miedo que la cogieran o que la mataran?



- K.: Espere le cuento: Una vez que veníamos de prestarle los servicios a los paras, nos detuvieron los de la guerrilla ¡No, ese susto tan hijueputa!: '¿Que quiénes éramos?, ¿que de dónde veníamos?, ¿que qué estábamos haciendo?'

Eso nos metieron a una escuela abandonada: una amiga, la que le dije que podía con dos cuadrillas, llevaba dos millones, alcanzó a guardar uno dentro de un condón y se lo metió por la chimba -vagina-; el otro millón si se lo quitaron.

Yo le rezaba mucho a San Expedito, usted no sabe, ese fue uno de los soldados que castigó a Jesús, pero después se arrepintió y se volvió Santo. Gracia a Dios no nos hicieron nada y nos dejaron venir.

¿Por qué se tuvo que venir?

- K.: Me llamaron al hotel: que me fuera, que me iban a matar. Empecé a empacar de una. Después llamaron al administrador y le dijeron que todo era una falsa alarma. Pero yo no me iba a quedar allá, cogí las maletas, dejé abandonada la moto en la que me trasportaba y agarré carro para Ibagué, pues para despistar, y de ahí para medallo -Medellín-.

Cuando llegué a la casa, esa imagen no se me va a olvidar -situación parecida al regreso de "Ojitos" de Japón-, Lorenza no me conoció, salió llorando a esconderse detrás de mi mamá, así fueron los primeros días. Susana, ahí mismo me abrazó, eso si fue muy lindo".

Confrontando el destierro de Yury a causa de los grupos armados de Caquetá con otros casos similares que han sido denunciados a través de los medios de comunicación del país, se puede establecer que este no fue un hecho aislado, sino por el contrario un acontecimiento cotidiano en Colombia.

Periódico El Tiempo, octubre tres de 1999, páginas 11 y 12 A:

*"Eln destierra a las prostitutas*

*En el Magdalena medio son interrogadas por los clientes de todos los bandos, que buscan cualquier información sobre el 'enemigo'.*

*El temor de Paola sobre el riesgo en que se encontraban todas las prostitutas como ellas en el Magdalena Medio y el Nordeste Antioqueño se hizo evidente hace dos semanas cuando el frente 'Edgar Amilkar Grimaldo Barón del Eln expulsó a Sandra Liliana Padilla y Fabiola Bru, del corregimiento San Lorenzo (...), con el mensaje de que quedaba prohibido el ingreso de trabajadoras sexuales a su área de influencia. Y es que ser prostitutas en esta zona se convirtió en un oficio lleno de artimañas y peligrosas mentiras para no ser víctimas del juego de espías en que tratan de convertirlas los bandos en conflicto".*

## CAPÍTULO 5

*Los clientes...Los amantes... ¿Los esposos?*

### **Amores de bares, amores de *putas***

*Yury y Karen al igual que sus clientes sólo esperaban un gesto de cariño para abrir su corazón de par en par, bajar la guardia y recibir de nuevo los golpes bajos de la vida.*

“Por allá tenía un viejito de 76 años, me decía mamacita, ‘¿qué quiere? -con voz de montañero, especifica Karen-, hija vamos pues, venga pa’ ca, ¿qué va a tomar, qué va a tomar?’

Viejito - *Hágame el favor y me trae media de ron para la niña.*

Una compañera de Karen en el bar le pregunta que ¿de dónde sacó a ese señor?, y Karen le responde graciosamente que es su marido -cliente frecuente-.

Dice Karen: el viejito era todo bien vestido, le faltaban dos dientecitos. Yo andaba con una minifaldita aquí -media pierna- y unas boticas, y el

todo matado. Nos manteníamos con él para arriba y para abajo: sentados en el parque, se mantenía dándome besitos en el cuello y la mejilla. Nunca estuvimos juntos -relaciones sexuales-, me decía: 'mija yo tengo unos centavos, yo vivo solo, vámonos a vivir juntos'. Más de un viejito me propuso que nos fuéramos a vivir juntos".

Karen llegó al municipio de Granada –departamento del Meta- huyendo de "unos paramilitares que controlaban el sitio –prostíbulo- donde yo trabajaba en San Martín: no me dejaban volar –llevarse a los clientes para residencias o moteles sin pagar multa-; y yo nos les iba a dar plata a esos manes, y ellos lo más de putos".

La estadía en San Martín –departamento del Valle- se produjo después de aburrirse en el también municipio valluno, Tulúa y a éste lugar llegó debido a que en la plaza de Bogotá encontró mucha competencia para la venta de sus atributos; además la capital del país no resultó ser el analgésico que estaba buscando para superar la reciente muerte de Emilio.

"Cuando me fui para Bogotá no le dije a ninguno de mi familia. Les vine a avisar a los tres días. Yo estaba muy aburrida, por lo de Emilio, estaba muy loca.

Conversación telefónica

- K.: *Quiubo*

- Mamá de Karen –Abuela-: *¿Con quién?*

- K.: *¡Pues con su hija!*- expresión irónica.

M.K.: *Siga consiguiendo maridos y novios para que los maten: ya van tres.*

- k.: *¡Cuáles tres, van más!*- Contestó, Karen, con mucha más rabia.

Pero las ironías de la cuchita –mamá abuela- se acabaron cuando le dije que le iba a girar un dinerito. Con mi hijo no puede hablar hasta mucho tiempo después”.

Karen me extiende una tarjeta, mientras organiza su maleta de trabajo en la cual incluye tres juegos de ropa interior, maquillaje, dos vestidos, preservativos... A simple vista observo que la nota fue escrita por un niño:

*“Mamá, me puse muy triste cuando me dijeron que te habías ido. Me puse a llorar en la escuela, no sabía que pensar, pensaba que nunca te volvería a ver, pero después mi abuela me dijo que habías llamado.*

*Mamá, te quiero mucho.” Juan Pablo*

Al igual que en las anteriores entrevistas, Karen se comporta con la mayor naturalidad posible, se despoja de la totalidad de su ropa, camina por la habitación, selecciona la vestimenta y cubre su fuente de placer con un pantalón interior, estilo cachetero; “las tangas no me gustan mucho porque deforman el cuerpo y la tirita de la parte posterior

molesta mucho, por eso sólo las utilizó para los espectáculos, no podemos negar que son muy sensuales”:

Frente al espejo se maquilla detalladamente, la vanidad hace parte de su estilo de vida, así en ocasiones se le vea ebria y con el rostro propio de un enfermo terminal; parecido al que mostraba en los días posteriores al asesinato de su más reciente pareja, Emilio. Una época difícil, según su relato:

“Con ‘Niño’ –perro labrador- me quedé sola. Yo tenía que dormir con todo prendido. Y empezaba a pensar: se me va a aparecer otra vez, ¡hay no, no, no! Niño vení pa’ ca, vaya cague pues, vaya que yo lo espero pues.

- Vecino de Karen: *Quiubo Karen, estás pálida, estás bañada en sudor. ¿Y el monito qué?, pa’ negociar pues esa moto.*

- K.: *Vea niño, a Emilio lo mataron hace tres días. Si ve como estoy: yo no puedo dormir, ese ambiente de esta casa, me estoy ahogando, me estoy ahogando, ¿yo qué hago, pa’ donde me voy?*

- V.K.: *Pa’ donde su mamá.*

- k.: *No, no, no, no.*

En esas pasaba 'Carnaval' con la cuzca –cigarrillo de marihuana-, y yo: vení pa' ca, vení pa' ca, que me estoy mariando gueva. La señora de enseguida me tuvo que dar agua con azúcar. Yo no comía nada".

Así transcurrieron los siguientes días para Karen, rodeada por sus amigos de farra: "los sicarios y marihuaneros", como ella los llama, no la desampararon un solo segundo, tanto que 'Carnaval' se pasó a vivir a la sala de su apartamento y "cuando estaba sola aparecía 'Tostada', un man como con la cara plana, me decía: 'La escolto, la escolto, sabe que, y si tiene susto se encierra y yo me quedo en la puerta. Todas las noches veía a alguien en la ventana, era 'Tostada', a él lo conocí en 'La Oficina'".

"**La furcia**" ya está casi lista para dirigirse a su trabajo, sólo le resta aplicarse el perfume, empacar el cepillo de dientes, la crema dental y el desodorante. "Uno siempre debe estar bien limpio para la pareja, independiente de quien sea o de si le van a pagar o no le van a pagar a uno; por ejemplo todas las mujeres deberían usar de estas pastillas para hacerse lavados vaginales, éstas se las saqué a un cliente que tiene una farmacia. Niño, si quiere que le diga, en mi trabajo me he dado cuenta de que muchos matrimonios se desbaratan por el desaseo; las mujeres creen que después de casarse ya no tienen la obligación de lucir bien para el marido. Y después dicen que por qué se aburren de ellas y se vienen para donde nosotras", afirma Karen.

### **Con la P, de P... en la frente**

Siguiendo un comportamiento casi rutinario, Karen aborda un taxi para dirigirse a su trabajo; el maquillaje fuerte, el vestido fucsia a media pierna con rajada en el lado derecho, los zapatos estilo plataforma blancos y el contonear de caderas a medida que avanza son detalles que no la hacen pasar desapercibida; por este motivo y para evitar comentarios de mal gusto, -"Cuánto cobra por la hora", "Esas patas están como para...."- emplea el servicio de taxis para su transporte.

A diferencia de otros días, cuando cogía turno de dos de la tarde, hoy la entrada es a las siete de la noche; me explica que tuvo que cambiar de sitio de trabajo debido a que uno de los clientes de su antiguo lugar de operaciones estuvo a punto de matarla al confundirla con otra "**dama de la noche**" que lo había robado. Encontrar una nueva plaza fue, simplemente una llamada y listo; la industria del sexo no requiere recomendaciones, ni hojas de vida, ni experiencia laboral, simplemente como lo dice Karen: "Ganas de camellar".

Las mismas que perdió con la muerte de Emilio, tanto como para dejar a su familia y a "Niño" el perro que él le había regalado. "Cuando me fui a ir, 'Niño' me tocó con su patita la puerta del taxi. No fui capaz de despedirme", reconstruye Karen los últimos instantes antes de partir para Bogotá y su posterior correría por los departamentos de Valle y Meta.

Los clientes con carácter de "amigos" que la rodearon en Granada -Meta-, según Karen, se dividían en dos grupos, los ancianos



“montañeritos, ganaderitos y viejitos con buena plata”, y los jóvenes “soldaditos”. Cada uno de los bandos sacaba sus garras y mostraba sus colmillos para ser los primeros en devorarse a las “**tigresas**” del Bar Colombia.

“Un día llegó un señor todo bonito, todo elegante, en un caballito”. A Karen le correspondió deleitarlo con la sensualidad de su baile: cual serpiente encantadora se deslizaba por todo el escenario, el chispear de las luces llegaba a su cuerpo después de rebotar en una bola de espejos que no se cansaba de girar, la concurrencia de clientes tenía puesta la mirada sobre su, cada vez más, descubierto cuerpo, los aplausos no se hacían esperar, y la “**coneja**” con absoluta cautela se las ingeniaba para que el caer de sus prendas llenara, en primer plano, la mirada del ‘viejito’, quien muy seguramente en unos minutos finalizaría el acto mágico trasladando los billetes de su bolsillo al sostén de la “**damisela**”.

Dice Karen: “El señor del caballito estaba matado -encantado- con el espectáculo, hasta que apareció un hijueputa soldado cagado de la risa –burlándose del señor- Terminé el show y me tiré un pase de perico, oiga y se me sube esa rabia tan triplehijueputa a la cabeza.

- Administrador: *Karen, no vaya a cascar a nadie, no vaya a cascar a nadie.*

- K.: *Que ese man no se meta conmigo.*

- A.: *Karen, no vaya a cascar a nadie, no vaya a cascar a nadie.* – decía el administrador mientras se levantaba la gorra y pasaba su mano por el cráneo ausente de cabello.

-K.: *Oíste pirobo, ¿entonces qué, mucha risa?* - se dirige la leona al soldado

- Soldado: *¡Es que, ese viejito!*

k. - *¿Qué le pasa con ese viejito?, ¡gonorrea!*

Ese soldadito salió para el baño y yo detrás de él. El administrador todo asustado salió detrás de mí, al igual que el viejito.

- K.: *¡Oíste gonorrea, salí pirobo, aprendé a respetar a la gente!*

- A.: *¿Karen, qué pasó?*

- K.: *Esa gonorrea que se está riendo, por que estoy con el señor, que respete a mi marido.*

El viejito que me escucha y saca un cuchillo que llevaba en el cinto, apenas decía: *‘¡Que salga pues!’*. A ese muchacho, yo no sé cómo lo sacaron por la puerta de atrás”; el mismo lugar que utilizaba Karen para volarse con sus amigos los soldados. “Yo era mera loca, hay veces que los pelaos -soldados- se volaban un domingo y eran todos metidos en

mi pieza. Un día me fui para la base y le llevé dos pollos y un poco de gaseosas, ahí de bacanería”, señala Karen.

### **Más varada que puta en Viernes Santo**

Es Viernes Santo y la mañana transcurre para Karen observado televisión, al igual que cuando estaba en Granada, sólo que allá alquilaba con las compañeras una habitación de un hotel que tuviera televisión por cable. Siguiendo los preceptos morales que le enseñó su madre -abuela- sólo trabajó hasta las doce de la noche del día anterior; como diría cualquier parroquiano: “Karen está más varada que **puta** en Viernes Santo”. Aunque ofertas no le han faltado: en la madrugada al dirigirse para el inquilinato pasó frente a un amanecederero y fue invitada por uno de sus clientes a compartir unos tragos de aguardiente, al final de los cuales llegó la propuesta laboral.

La “**magdalena**” se mantuvo en su principio moral: el Viernes Santo es sagrado. Pero como es deber del buen cristiano ayudar al necesitado, Karen contactó al cliente con otra de sus colegas; “yo no creo que eso sea pecado, esa pelada necesitaba la platica para comprarle una droga -medicina- a la mamá”; como Poncio Pilatos, Karen se lava las manos.

Mientras una parte de la feligresía se dirige a cumplir con los rituales religiosos, Karen aborda el metro de Medellín para encontrarse con su hijo. Testigo presencial fui del seguimiento que, con la mirada, le hicieron los señores a las piernas de Karen. Las señoras, que en unos minutos estarán escuchando el legado de perdón y bondad dejado por Jesucristo, no ahorraron calificativos para referirse a la “**pecadora**” que,

sentada en una de las bancas, tiene rendidos a sus esposos ante su fruta prohibida.

Después de las cientos de referencias que Karen me ha dado de su madre -abuela-, por fin la tengo frente a mí. La recomendación con carácter de obligatoriedad por parte de Karen es: "Ni una palabra de su trabajo a mi mamá o a mi hijo. Yo lo voy a presentar como un amigo. Aunque usted ya sabe como terminan mis amigos, je je je..."

La señora de unos 80 años de edad dando una muestra de sus buenos modales, me hizo seguir a la sala y me ofreció una taza de café, mientras Karen y su hijo se unen en un abrazo interminable.

El golpear de las campanas, de la iglesia que está justo al lado, me interrumpe súbitamente el café. Karen y su madre se retiran unos metros, los suficientes como para escuchar que intercambian un par de palabras y observar que la mujer de la minifalda "inmoral" le entrega un fajo de dinero a la señora que lleva vestido negro y manto del mismo color. Un beso en la mejilla cierra la conversación. La anciana se disculpa porque nos tiene que dejar solos y se dirige al templo, con un rosario en la mano y un rollo de billetes en el bolsillo, donde participará de la adoración a la Santa Cruz.

Recuerdo las repetidas palabra de Karen: "Hoy llamé a mi mamá y sin ni siquiera saludarme ya me estaba preguntando por la plata; yo apenas le dije: sí mamá yo estoy muy bien. Esa cuchita lo vive regañando a uno, pero la plata si la recibe".

## **Generales del sexo**

El día termina para Karen con la visita de un trío de soldados que llega a su habitación para tomarse unos tragos con su vieja amiga. La "**general**" siempre ha sentido atracción por los uniformes militares, tanto como para bajar sus cierres y descubrir los secretos más íntimos del poder, como para abrochar sus botones y dictar medidas de obediencia a todos aquellos que se rinden a sus pies. Así lo hizo en su primera visita al departamento del Meta:

En una de las habitaciones del Bar Colombia un joven integrante del Ejército Nacional recobraba poco a poco la respiración después de haber sostenido una batalla con una insurgente del sexo. Karen salió rápidamente de la habitación, sus pies desnudos avanzaban con seguridad para cumplir una misión especial: debían subir las escaleras el escenario antes que la "**nudista**" a la cual anunciaban por el sistema de audio.

La melodía de una balada hizo dirigir la mirada de la concurrencia a la tarima de madera: los rostros pasaban de la sorpresa a la satisfacción de un deseo erótico; la piel bronceada de Karen estaba cubierta por un uniforme de combate del Ejército Nacional de Colombia. Sus movimientos de pelvis en dirección a una varilla de aluminio, que tenía como principio y fin el techo y el piso del escenario, eran absolutamente provocadores, por momentos las luces del striptease dejaban todo a la imaginación de los asistentes, sólo se observaba el rostro y la cabellera

rubia y engominada de Karen, el acto nudista volvía a mostrar el show en todo su esplendor.

Dice Karen: "yo no sé si era por el camuflado o por lo erótico del espectáculo, pero a todos los tenía quietecitos, menos al administrador; yo no me atrevía a mirarlo de frente, apenas se levantaba la cachucha y se pasaba las manos por la calva, las muchachas después me contaron que sólo decía: `ino, no, no,... nos va a hacer cerrar el negocio! ¡Qué hijueputa, ¿esa loca de dónde sacó un camuflado?, no, no, no, no, no, esta vieja cuando será que se va!

Niño, cuando aparece un pelao, lo más de pinta, de la P.M. -Policía Militar- apenas me miraba, yo no se si cambié de colores o qué, pero como pude terminé de empelotarme, menos mal no llevaba ropa interior entonces eso fue de una. Llegué a la pieza con el camuflado en la mano, lo enrollé y lo guardé en un bolsillo doble fondo de una maleta; hay mismito estaba tocando la puerta el de la P.M., entonces sabe qué metí al soldadito debajo de la cama, que pecado ni los pantaloncillos los tenía puestos.

- P.M.: *Oiga niña, ¿usted de dónde sacó ese camuflado?*- Preguntó secamente el Policía Militar.

- k.: *Ah, yo lo traje de Medellín.* -Respondió Karen con la mayor naturalidad posible, como si no hubiera nada de raro en ello.

- P.M.: *Sí, ¿y de quién es, de un parcerero que está prestando servicio, cierto?* -Continuaba el Policía Militar con el interrogatorio.

-k.: *No parcerero, lo compré por ahí en medallo -Medellín- y lo traje.* - Insistía Karen en su versión.

- P.M.: *¿Entonces qué, me lo va a regalar o qué?*- Buscaba todos los argumentos posibles el Policía Militar para sacarle la información a Karen.

Yo pensando en el soldadito, él se había volado esa noche, y si requisan y lo pillan ahí de bajo. Entonces sabe que, apliqué la que nunca falla: yo ya había estado -relaciones sexuales- con el PM como unas tres o cuatro veces y tenía como dos condones ahí, lo desvestí y yo hágale pues parcerero rápido que si se queda aquí lo regañan. El man era polvo de gallo -eyaculador precoz- entonces eso fue de una, de una; además los otros PM, sin saberlo, ayudaron, apenas me decían detrás de la puerta: 'Karen dígame a ese man que se mueva, que se mueva, que nos regañan'.

El Policía Militar abandonaba la pieza de Karen y el administrador aprovechaba para meterse a la habitación e indagarle a Karen por lo sucedido.

- A.: *¡¿El man, el man?!-* Preguntaba entre nervioso e histérico el administrador.

- k.: *Véalo aquí.*— Contestó Karen con una risa nerviosa y señalando la parte de debajo de la cama.

- A.: *¡Ay, no, no, no... ¿Y como lo encaletó?, ¿no lo encontraron?, esta es mucha hijueputa!*

Mientras el administrador le pedía un taxi al soldadito para sacarlo por la puerta de atrás, yo le entregaba unos bareticos –cigarrillos de marihuana- que él me había encargado. El soldadito lo más de lindo, me dio una crucecita, ese era el amuleto de él. Yo cuidé tanto esa crucecita, pero después se me perdió, debió haber sido en una borrachera”.

#### **Lo que pudo ser y no fue**

A las manos de Yury en vez de un artículo religioso llegaban 20 mil pesos y a las del hombre que la acompañaba un papelito enrollado, que en vez de alucinógenos, llevaba escrito, con caligrafía infantil, un número telefónico. “Hermano ese fue el primer encuentro con Yury, pero no se imagine cosas que no son, espere le cuento desde el principio y me va a entender”, dice el ex novio de Yury.

Ese día no había sido el mejor par él, después de sostener una acalorada discusión con su jefe salió del trabajo en dirección del hogar, pasando por el frente de una serie de sitios de striptease ubicados en el llamado centro de la ciudad de Medellín. “Hermano, eso sólo se escucha: ‘Sólo show, sólo show, sólo show’; casi lo entran a uno empujado. Yo iba con tanto cansancio que dije, que va entro y me tomo una cervecita y, además, le doy gusto a la vista un rato. Yo no soy muy amante de



esos sitios, en toda mi vida solo había ido por ahí unas tres o cuatro veces”.

El ex novio pasaba por un túnel iluminado con destellos azules y decorado como si correspondiera a la entrada de un teatro de Hollywood. Avisado por un timbre que oprimió el portero, lo estaba esperando uno de los meseros, lo ubicó en una mesa y le tomó el pedido de una cerveza, la atención de ahí en adelante correría por cuenta de las “**guarichas**”.

Cuenta el ex novio: “Hermano ese voltaje que se siente es enorme, los cuerpos, la música, todo, todo, eso como que se le va metiendo a uno al cuerpo, pasó el primer show y no le quise dar colaboración a la niña, eso se pone uno a darles plata y ahí se queda; pues uno no entrega la platica por nada. Hermano pero volteo la mirada y veo esa niña bailando allá, todavía tenía la ropa puesta, pues ropa interior, hermano era una niña, bailando como una mujer adulta, pero era una niña”.

Yury terminó la rutina de baile y comenzó su recorrido diciéndole a los clientes: “Niño me va a colaborar con el show” a medida que dejaba ver su torso desnudo; de las manos del que en cuatro meses pasaría por la fases de novio, ex novio y amigo recibió dos mil pesos y la invitación a regresar a la mesa.

La relación comenzaba con lo que en el lenguaje del amor llaman química, sólo que esta sería encendida por dos pirómanos que mantuvieron su romance en cuidados intensivos debido a las frecuentes

quemaduras que recibieron sus corazones, fruto de las ráfagas de celos, desconfianzas y reclamos. Así lo cuentan sus protagonistas:

Ex novio: "Hermano esa niña volvió vestidita con zapatos plataforma, jean y una blusita nada inmoral, usted la ve en la calle y una niña normal. Como ella no había almorzado a pesar de que eran por ahí las 6:30 de la tarde, terminamos en uno de los reservados del striptease; ella dele a la papa y a la yuca, y yo a una mediecita de guaro que había pedido, si hermano eso de emocionante no tenía nada. Pero espere, empieza esa niña a contarme la historia y a mí a ponerme el corazón como una pasa. Dígame qué futuro le puede esperar a uno en la vida con 19 años, dos hijas de dos papás diferentes y solamente con séptimo de bachillerato; hermano le regalé 20 mil pesos para que le comprara cosas a la hijas".

Yury: "Ese pelao fue muy lindo conmigo, el día que me conoció me dio plata a cambio de nada y me dijo que ese mundo no era para mí. Nos hicimos novios, pero decía que no iba a estar conmigo -relaciones sexuales-, hasta que nos casáramos".

Ex Novio: "Hermano, nunca hubo una primera relación sexual con ella, yo la quería por su corazón y no por su cuerpo. Si me gustaba y la deseaba, pero quería tratarla diferente. Una vez amanecimos en un hotel, ella estaba muy triste, como aburrida, para mi casa no me la podía llevar, entonces amanecimos en un hotelito por la carrera 70; ella se quedó asustada, pues sólo hubo unos besos y unas caricias, pero de

resto nada; yo la quería de corazón y así era, no quería ser uno más, quería ser el único”.

Yury: Pero yo reconozco que las cosas se dañaron por mi culpa. Él me colaboraba con platica para mantener a las niñas y pagar el arriendo; pero yo no quería abusar y volví a trabajar primero bailando y después al ver que no conseguía trabajo haciendo piezas. La responsabilidad de mis hijas era mía y no de él”.

Ex novio: “Hermano, conseguir trabajo en esta ciudad es muy hijueputa, yo no le creía cuando ella me decía que antes de entrar a esto se había demorado un año buscando trabajo y comprando El Colombiano para ver los clasificados, pero era cierto. Buscamos por todas partes y nada, ella se fue aburriendo y volvió a su antigua vida y yo continué mi camino. Todavía somos amigos”.

Tres años atrás Yury, con 17 años, había quedado en embarazo de Lorenza. El padre de la criatura al igual que el de Susana sólo actuó como semental. La situación se le complicaba: su madre le exigía que aportara a la economía familiar y tenía que abandonar sus estudios de bachillerato, pues el papá de Susana al enterarse del nuevo embarazo le retiró la beca académica.

“Niño esa si fue una época difícil, después de tener a Lorenza comencé a buscar trabajo por todas partes y nada. Muchos dicen que uno está en esto por perezoso, que trabajo hay, pero eso no es tan fácil”, asegura Yury.

La joven madre por fin recibía una respuesta positiva. Había llamado al teléfono que aparecía en un aviso clasificado en el que solicitaban niñas para desempeñarse en oficios varios.

- Y.: *Señor para preguntar por el trabajo que están ofreciendo.* – Dijo Yury a través del teléfono.

- Empleador: *Si con mucho gusto, sólo nos tiene que traer la hoja de vida personalmente y aquí le decimos.*

“Niño, usted ya se imaginará de que se trataba: el señor que me atendió me dijo que yo servía para el trabajo, pero que tenía que estar disponible en las horas de la noche, que hay mismo que un cliente llamara, él me contactaba. Ah, que belleza, me estaban ofreciendo trabajo para putiar. Yo estaba muy necesitada, pero dije que no”.

Las relaciones entre Yury y su madre se deterioraban cada día más, el acoso sexual del padrastro continuaba y el empleo no resultaba por ningún lado. El clasificado mágico llegaba por segunda vez: “Niño, después de mucho buscar apareció un clasificado para un empleo de mesera en un restaurante, llevé la hoja de vida y de nuevo la sorpresita: sin rodeos me dijeron que era para ir a trabajar a un burdel en Bucaramanga; yo les dije que tenía dos hijas y no podía viajar, entonces me contactaron en una casa de citas del barrio Prado. Ahí me prostituí por primera vez”. La “**putita**” no duraría mucho en su primer trabajo, no se acostumbraba; sin embargo, llegaron las casas de

masajes eróticos, los striptease, las fiestas de despedidas... Sin darse cuenta Yury se había convertido en una "**profesional del sexo**".

Como ella son incontables las mujeres que llevadas por clasificados engañosos son seducidas para ingresar al mercado del sexo por dinero. La Fundación Esperanza en uno de sus documentos investigativos, señala:

#### **Así se reclutan**

- A través de internet o avisos de prensa que ofrecen trabajos en el exterior como modelos, bailarinas, niñeras, cocineras o cuidando ancianos.
- Tras la fachada de agencia matrimonial, la cual ofrece casarse en el extranjero. Algunas veces el matrimonio es legal para entrar al país destino, pero luego la mujer es obligada a trabajar en prostitución.
- Un extranjero busca una madre soltera, preferiblemente con hija. Se casa con la madre, adopta la niña y así termina prostituyendo a las dos.
- Hombres que hacen contacto en discotecas, heladerías, centros comerciales o fiestas. Ellos abordan, enamoran a las mujeres, se hacen amigos de la familia y luego las convencen de viajar.

Los medios de comunicación registraron los ofrecimientos de trabajos en su orden: modelos, bailarinas, niñeras, camareras, damas de compañía, enfermeras y relacionistas públicas.

Tres años después de la primera relación sexual que Yury vendió y cinco de la de Karen son muchos los aspectos que coinciden en ambas vidas, pero hay uno que sobresale: cuando reciben un cariño desinteresado de los clientes, buscan una mano amiga en ellos para salir del mundo en el que se encuentran; pero llegan los momentos difíciles, la vida les exige esfuerzo, sacrificio y disciplina, y ellas en silencio deciden abrigarse en los brazos de la madre prostitución.

Yury tiene una seria propuesta de matrimonio, pero aún no se decide y de cuando en cuando en cuando se le sigue observado en los sitios de prostitución, poniendo en peligro su relación amorosa y dejándose tentar por el rápido flujo de dinero, el mismo que derrocha en ropa, juguetes y lujos para sus hijas.

A Karen la acaba de abandonar su más reciente pareja, después de encontrarla en la cama de su pieza con otro hombre, bajo los efectos de la droga y siendo observada por una pareja de mujeres que compartía caricias en medio del humo de la marihuana. La ruptura le dejó el corazón vacío; tanto como el día en que los amigos de lo ajeno se metieron a su apartamento y "sólo me dejaron un espejo en el que se leía con labial rojo: **POR PUTA**", puntualiza Karen.